

David Crystal

**LA REVOLUCIÓN
DEL LENGUAJE**

Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo

Alianza Editorial

Título original: *The Language Revolution*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Polity Press Ltd., Cambridge

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Enrique Bernárdez.....	I
PRÓLOGO	9
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN: UN NUEVO PANORAMA LINGÜÍSTICO	13
1. EL FUTURO DE LAS LENGUAS INGLESAS.....	19
2. EL FUTURO DE LAS LENGUAS	59
3. EL PAPEL DE INTERNET'.....	83
4. 'TRAS LA REVOLUCIÓN'.....	113
5. APUNTES SOBRE LAS LENGUAS EN EL SIGLO XXI.....	147
NOTAS.....	157
ÍNDICE ANALÍTICO.....	161

cultura Libre

Copyright © David Crystal, 2004

© del Prólogo: Enrique Bernárdez, 2005

© de la traducción: Francisco Muñoz de Bustillo Llorente, 2005

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2005

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; télef. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-4730-6

Depósito legal: M. 9.606-2005

Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.

Parque Industrial «Las Monjas»

28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

Printed in Spain

PRÓLOGO

David Crystal es uno de los más destacados e influyentes lingüistas británicos. Se dedica menos a la teorización que a la elaboración de herramientas útiles, no sólo para los lingüistas, sino para cualquier persona interesada en el lenguaje. Su *Diccionario de lingüística* se cuenta desde hace años entre los más utilizados y traducidos, y en años muy recientes ha sacado a la luz varias herramientas importantes para la historia de la lengua inglesa, como son un compendio del léxico de Shakespeare, con abundante información adicional, y un relato de la historia —o, como dice el título, las historias, «los relatos»— del inglés (*The stories of English*, de 2004). Creo que es precisamente la dedicación de muchos años a la historia de la lengua inglesa —y a las cuestiones de su uso, al relativismo de lo «correcto» y lo «incorrecto»— lo que ha dado lugar, fundamentalmente, a la visión del lenguaje, de sus posibles destinos y de su papel en la vida del ser humano, que se pone de manifiesto en este libro. Libro que, como el mismo autor se encar-

ga de poner de manifiesto, viene a ser resumen actualizado y unificado de tres libros suyos anteriores, aparecidos en los años de 2001 a 2003, que han sido objeto de numerosas traducciones (también al español) y que cuentan ya con un indudable prestigio. En esas tres obras, y en este libro nuevo, Crystal se plantea cuestiones centrales del lenguaje e intenta aportar no sólo análisis, sino también posibles soluciones.

Habla David Crystal de la *revolución del lenguaje* y su exposición me parece convincente: estamos viviendo unos momentos de eclosión de las preocupaciones por las lenguas humanas, por cada una de ellas y también por el lenguaje en general, aunque sea este último un tema al que nuestro autor no se dedica en esta obra. Podemos añadir, sin embargo, que desde hace no muchos años también en la lingüística teórica y descriptiva se está produciendo una auténtica revolución, que nos ha llevado muy lejos de esos «encuentros en la tercera fase» que, en opinión de Crystal, asustaban al profesional de los medios de comunicación y le empujaban a alejarse lo más posible de la lingüística. En las revoluciones suelen aparecer simultáneamente movimientos semejantes en lugares separados, sin relación entre ellos, y en años recientes, en efecto, han aparecido libros de varios autores (el francés Hagège o el australiano Dixon, por ejemplo) sobre la desaparición de lenguas, o sobre el respeto debido a todas las lenguas, de la más grande a la más pequeña y remota, y la lucha contra los prejuicios y las falsas ideas acerca de las lenguas (entre nosotros, Jesús Tusón y Juan Carlos Moreno Cabrera se encuentran entre los más destacados lingüistas que han publicado recientemente en esta dirección). Por no hablar de la lógica atención prestada a la influencia de Internet y la telefonía móvil sobre las lenguas.

En las revoluciones, además, las cosas suceden muy deprisa, y el mundo se puede ver conmovido, y sacudido, por lo que sucede en apenas diez días. De ahí que parte de este prólogo pretenda aportar información actualizada sobre algunos

de los temas más importantes que desarrolla Crystal. ¡Tener que actualizar a principios de 2005 un libro publicado en 2004! Ciertamente, las cosas se mueven deprisa en los periodos revolucionarios.

David Crystal nos habla primero de las lenguas inglesas y de su futuro. Reconoce así que el inglés, aunque es indudablemente uno, es al mismo tiempo diversidad. Es la lengua global, en un grado no alcanzado por idioma alguno a lo largo de la historia, pero por ello mismo ha dejado de ser propiedad exclusiva de sus «creadores»: no sólo los «ingleses de Inglaterra», sino incluso los hablantes nativos de inglés, pues la mayoría de las personas que usan el idioma lo tienen como lengua aprendida y compartida con otra u otras. La situación de nuestra lengua española es parecida, a la vez que distinta. Y sobre todo es diferente la percepción que solemos tener sobre la situación vital del castellano. No hace falta recordar los 400 millones de hispanohablantes, pero conviene mencionar el número de países en los que es el español la lengua mayoritaria, frecuentemente incluso de modo exclusivo para muchos de sus usuarios: si el inglés ha alcanzado una utilización mundial nunca vista, el español es el idioma predominante en nada menos que 20 países. Crystal escribe, sin embargo, que «ningún idioma ha sido nunca lengua mayoritaria en más de una docena de países aproximadamente» (p. 20). Si añadimos a esa extensa lista de países de lengua española el importante número de sus hablantes en los Estados Unidos y, actualmente, el Brasil, pero también en otros territorios americanos más pequeños, como las Antillas Neerlandesas o Belize, que tienen otras lenguas oficiales, veremos que el español se encuentra en una situación tan excepcional como el inglés, aunque de una forma distinta: hoy día, la mayor parte de quienes usan el inglés no son hablantes nativos, pero en español sucede lo contrario. En buena manera, por tanto, podríamos decir que el «riesgo de

alteración» de la lengua por los no nativos es muchísimo mayor en inglés que en nuestro idioma. ¡Nada menos! Frente a lo que muchos gustan de pensar, la salud del español es, desde este punto de vista, mejor que la del inglés.

La expansión de una lengua a territorios muy diversos lleva consigo necesariamente una diversificación de la lengua misma, y en cada lugar donde se habla inglés —o español— surgen de forma natural, inevitable, palabras y formas de expresión nuevas que recogen las realidades locales. En otras condiciones históricas, esto conduciría sin duda a la disgregación del idioma. Hoy día, sin embargo, tal peligro no existe, como explica Crystal convincentemente: los medios de comunicación, la conexión constante entre los hablantes de una lengua, conducen a ésta precisamente en dirección opuesta: hacia una unidad cada vez mayor. Pensemos simplemente en las consecuencias lingüísticas de los cientos de miles de hispanohablantes de las más alejadas variantes americanas que conviven ahora con los españoles como resultado de la afluencia de emigrantes: todos, empezando por los «españoles de España», nos estamos acostumbrando cada vez más a escuchar otras formas de hablar español, todos aprendemos palabras de todos los demás, y al tiempo que nos vamos acostumbrando a la diversidad de nuestra lengua y de nuestras formas de ser y de pensar, e incluso de aspecto físico, vamos impregnándonos de modos lingüísticos que hace muy pocos años eran impensables: ¿cuántos madrileños, por ejemplo, habían oído alguna vez el sonido del español andino de, digamos, Imbabura, o el caribeño de Cartagena de Indias? ¿Cuántos imbabureños habrán oído alguna vez el castellano de Madrid, o el de Málaga, por no hablar del caribeño? Este conocimiento mutuo, que se extiende además con las películas y la televisión, lleva necesariamente a la conciencia de la unidad de nuestra lengua y a su mayor unificación. Nos damos cuenta de que somos capaces de comunicarnos en español, sin problema alguno, con gentes

aparentemente tan alejadas de nosotros mismos. Lejos queda ya, afortunadamente, el doblaje de las películas argentinas que solía practicarse en tiempos de la dictadura franquista.

La lectura de este libro nos hará relativizar ciertas ideas muy asentadas entre nosotros y que regularmente dan pie a discusiones en las que, con excesiva frecuencia, salen a relucir los más rancios prejuicios sobre los idiomas y el lenguaje. ¿Quién no ha oído o leído algún debate, o una simple conversación, o un artículo de prensa, sobre el *spanglish* y «el peligro que representa para nuestra lengua». Con Crystal aprendemos que un problema semejante, pero multiplicado, se da en inglés: porque el *spanglish* no es cuestión sólo del español, sino también del inglés, y desde ambos lados podría decirse con igual justicia que esa habla «atenta contra los principios del idioma». Pero además hay muchas otras formas de habla híbrida entre inglés y otros idiomas, sea ésta el chino, el francés, una lengua africana o cualquier otra. Claro que no hay motivo para escandalizarse ni exigir medidas drásticas, ni mucho menos para insultar a quienes usan esas formas de habla mixta: cumplen su función, como nos muestra David Crystal, además de que siempre han existido (y seguirán existiendo), y tiene escaso sentido gastar las fuerzas en intentar impedir lo inevitable y que, además, tampoco es tan malo (esto se puede aplicar a cualquier fenómeno de cambio en el lenguaje). Dentro incluso de España hay formas de habla semejantes al *spanglish* y que no nos llaman la atención: hablas mixtas de castellano y gallego, de castellano y catalán, por ejemplo. Y no sólo hablas mixtas, sino cambios constantes de «código»: una frase que empezamos en español y seguimos parcialmente en catalán antes de volver al castellano... En la frontera entre Uruguay y Brasil, por cambiar de aires, se usa el *portuñol*, mezcla de español y brasileño, y algunos gallegos se comunican con los portugueses en una triple mezcla, con elementos castellanos, gallegos y portugueses galleguizados (en la pronunciación, sobre todo).

Estas hablas híbridas, en un siglo que es y será híbrido por naturaleza, son un fenómeno apasionante —que estudian a fondo los sociolingüistas y los historiadores del idioma—, pero que despierta muchas veces sentimientos casi de horror entre quienes creen que se trata de feroces atentados a la integridad del idioma. La lectura de los comentarios de Crystal a este respecto nos ayudará a ver las cosas de otro modo; un modo no sólo más tolerante, sino más en consonancia con la realidad de las cosas.

El tratamiento de los préstamos extranjeros es un buen ejemplo de cómo debemos ver las cosas, en vez del simple escándalo irreflexivo y prejuicioso. En inglés, los préstamos (que algunos hiperpuristas quieren rechazar, sin embargo) se consideran como un enriquecimiento del idioma: traen consigo precisiones que antes no existían, introducen nuevos matices, proporcionan una mayor riqueza de expresión. Entre nosotros, por desgracia, el hiperpurismo suele llevar las de ganar. Claro que el rechazo violento de las palabras extranjeras, que encontramos tan habitualmente en los más variados círculos, no es obstáculo para enorgullecernos porque el español ha enriquecido a otras lenguas con sus palabras. Es decir: la abundancia de préstamos hispánicos en el tagalo y otras lenguas de Filipinas es prueba de la riqueza y vitalidad del español; pero la adopción de palabras inglesas —antes eran francesas— en el castellano se ve como una amenaza. «Ley del embudo», suele llamarse a esta forma de ver las cosas; los préstamos y la mezcla de lenguas se pueden utilizar como armas arrojadas contra quienes queramos, y en general el idioma que da parece que es fuerte y vital, mientras el tomador da testimonio de su debilidad. Nuestro idioma debe ser siempre dador, nunca tomador, en consecuencia. El absurdo de esta forma de ver las cosas del lenguaje no es obstáculo para que circule con asiduidad en las estanterías de las librerías, los quioscos de prensa, las conferencias e **incluso las aulas**. Una buena medicina para

curarnos de tan desagradable enfermedad es, sin duda, leer con la debida atención este libro de Crystal; no puedo resistirme a citar un párrafo del mismo: «En lugar de atacar las palabras importadas, tendría mucho más sentido desarrollar estrategias creativas para fomentar su integración, en la literatura, la escuela y la sociedad en general. Sería una manera mucho mejor de invertir el tiempo y la energía. Las palabras importadas son producto de un mundo en el que personas con diferentes entornos lingüísticos comparten su tiempo y dan nuevas dimensiones de vida lingüística a una comunidad» (p. 64).

Estas cosas de la «salud» y los «peligros» de las lenguas nos lleva directamente, claro está, a la cuestión de las lenguas en peligro y la desaparición de las lenguas. Tiene razón Crystal cuando lamenta que no exista la conciencia de que la diversidad lingüística es una riqueza tan necesaria de defender como la diversidad biológica. Es una queja que todos los interesados por estos temas hemos hecho una y otra vez, aunque apenas se empiezan a ver resultados. Existe una cierta idea de que es normal, e incluso saludable, que se pierdan lenguas —siempre en beneficio de las grandes—. Mientras nos escandalizamos por la entrada de una nueva palabra inglesa en español, o porque alguien quiera defender a los usuarios del *spanglish*, vemos como «lo más natural» que se deje de hablar una lengua amerindia en beneficio del castellano, y algunos defienden —en tiempos se hizo con las armas, ahora sólo con (pseudo)argumentos— la conveniencia de que los hablantes de otras lenguas españolas distintas al castellano las abandonen para dedicarse solamente al castellano. Lo cierto es que la posibilidad inmediata de que desaparezca la mitad de las lenguas existentes no inquieta a muchas personas que, sin embargo, sufrirían un infarto si en vez de «lenguas» se anunciase tal peligro inminente para las aves, los mamíferos o los coleópteros. Un buen ejemplo es el ya famoso pero lamentable artículo de John Miller en el *Wall Street Journal* en marzo de 2002, que considera

un gran avance la muerte de las lenguas, pues significa la entrada en el mundo moderno de sus antiguos hablantes. El artículo de Miller rebosa de desconocimiento de lo que es el lenguaje y las lenguas, pero es un buen ejemplo de la postura de mucha gente, que ve en la multiplicidad de lenguas un grave mal para el desarrollo (y la economía globalizada), y bendice un futuro soñado donde toda la humanidad habla una única lengua. Crystal, en este libro, nos muestra por qué las cosas no tienen que seguir necesariamente por ese camino supuestamente maravilloso de la aparente unidad lingüística (y cultural e ideológica) mundial. Los lingüistas, sin duda, tenemos mucho que hacer al respecto, no simplemente llamar la atención sobre el problema y estudiar las lenguas en peligro, única ocupación que nos concede el Sr. Miller. Crystal presenta en este libro recomendaciones de posibles acciones conducentes a paliar este problema en su aspecto humano y cultural, pero también académico, descriptivo, con la documentación urgente de las lenguas que, seguramente, desaparecerán antes de que lleguemos a la mitad del siglo XXI. España puede entrar también en el reducido grupo de países que están empezando a ser activos en este terreno, favoreciendo, por ejemplo, la realización de estudios de campo en pequeñas lenguas de naciones histórica y culturalmente relacionadas con nosotros: ¿por qué no la creación de un fondo en España (Crystal nos muestra que no tiene que ser demasiado oneroso) para la investigación de pequeñas lenguas del continente americano en peligro inmediato, por ejemplo? Existen algunas acciones en este sentido, aunque se quedan al nivel de universidades individuales, sin apenas participación directa del Estado central o las Comunidades Autónomas. Es éste un terreno en el que la Agencia Española de Cooperación Internacional podría participar activamente en la defensa del patrimonio cultural (Tusón lo llama «patrimonio natural») de la humanidad.

David Crystal hace también referencia, entre las causas de la desaparición de lenguas, al genocidio y las catástrofes naturales. Aún es pronto para saber el impacto del brutal terremoto de Aceh, en Indonesia, y el subsiguiente tsunami sobre las aproximadamente 1.500 lenguas habladas en los territorios afectados. Se temió al principio por la integridad de los pequeños grupos de indígenas de las islas Andamán, arrasadas por la ola gigante. Parece, sin embargo, que estas tribus, que apenas cuentan con dos centenares de individuos la mayor de ellas, consiguieron salvarse. Según parece, sus tradiciones mítico-legendarias contenían información sobre la conducta a seguir si el mar se retiraba más atrás de lo habitual: correr a los lugares más elevados del centro de las islas. Gracias a ello se salvaron, mientras que los pueblos donde residían emigrantes de la India u otros lugares fueron arrasados y gran parte de su población pereció. Ninguno de los andamanes había visto nunca un tsunami, pero aún conservaban su lengua y, con ella, la sabiduría adquirida en sucesos semejantes acaecidos en tiempos pasados. Si sus lenguas hubieran desaparecido, y es casi milagroso que aún subsistan algunas de ellas, quizá los descendientes de sus últimos hablantes, privados del conocimiento ancestral transmitido con el idioma, habrían desaparecido también. Por cierto, esta conducta de los aborígenes andamanes, que llevan en sus islas al menos 40.000 años, no ha sido objeto de mención alguna en la prensa o la televisión, que sin embargo dedicaron espacio más que amplio a la supervivencia de los animales de una reserva biológica... Afortunadamente, han sobrevivido incluso los 25 miembros de la más pequeña tribu-lengua de una de las islas Sentinel, al sur de las Andamán. Sin embargo, aún no se sabe qué puede haber sucedido a tantos pequeños grupos de Tailandia o, sobre todo, el norte de Sumatra. Seguramente, el tsunami del año 2004 se habrá llevado consigo, entre su cuarto de millón de víctimas, a los últimos hablantes de lenguas antiquísimas.

Siguiendo con el tema de las lenguas amenazadas, la breve lista de ejemplos que, de pasada, se ofrece en la página 65, da qué pensar: ¿qué hay de común entre galés, gaélico, rético y catalán? Esta última lengua cuenta actualmente con muchos más hablantes que las otras tres juntas, y su uso está regularizado e institucionalizado en todos los terrenos sobre un territorio trinacional (Cataluña, Andorra y el sureste de Francia) bastante extenso. De hecho, el catalán es una lengua mucho más hablada que el danés o el finés. ¿En qué sentido está amenazada? Si la comparamos con otras lenguas europeas, veremos que el islandés, con apenas 270.000 hablantes, no aparece en las listas de lenguas amenazadas. Este término no es sinónimo de «lenguas en peligro», pero la connotación es semejante: si no hacemos algo, la lengua *amenazada* puede pasar a ocupar un puesto en la lista de lenguas *en peligro*, y acabar en el elenco de idiomas *extinguidos*. ¿Por qué el islandés, con menos hablantes que el euskera, por no hablar del catalán, no está amenazado? Porque se trata de la lengua oficial y nacional de un país soberano, lengua de uso en todos los ámbitos de la administración, la justicia, la cultura, los medios... Es la lengua materna de los islandeses, por mucho que todos ellos hayan aprendido dos o más lenguas extranjeras (danés e inglés, al menos). A menos que se tomen medidas en contra suya, el islandés goza de perfecta salud. El número de hablantes, por consiguiente, aunque importante, no es el único criterio a tener en cuenta, y si la protección activa de lenguas como el catalán, el euskera o el gallego llegara a cesar, la lengua podría hallarse ante unas perspectivas muy difíciles. Más aún cuando la lengua es muy poco hablada, como el bable, el aranés o la fabla aragonesa. Todavía más si el idioma no goza siquiera del más mínimo reconocimiento, como es el caso del caló, la lengua de los gitanos. Esta realidad lleva a algunos a proponer la independencia política de los territorios donde se habla una determinada lengua como una vía para su protección. Pero

esto es una falacia, en la mayor parte de los casos, pues simplifica en extremo situaciones enormemente complejas, como nos explica David Crystal. El caso es que Islandia es políticamente independiente desde el año 1944, y con un exiguo número de hablantes la lengua consiguió sobrevivir perfectamente durante siglos, y un país puede perder (o ganar) su independencia sin que ello tenga efectos notables sobre la lengua: no porque Croacia, Serbia-Montenegro y Bosnia sean ahora países independientes (el ejemplo lo cita también Crystal) sus hablas son ahora distintas en ningún sentido a lo que eran antes, mientras que el esloveno o el macedonio, o en otra parte de Europa oriental, letón, lituano y estonio están en una situación tan buena ahora, o mejor, que cuando sus territorios eran parte de otros estados. En cambio, el gaélico irlandés no consiguió despegar pese a la independencia, y la situación del galés, país dependiente y con un grado muy bajo de autonomía, es mejor que la del irlandés (por mucho que esta lengua figure en los pasaportes de la UE y aquella no).

Pero ya se está empezando a dedicar más atención institucional a este problema. Recientemente, Microsoft ha anunciado versiones de Windows en quechua, para Perú, y en mapudungun o mapuche, para Chile; dos lenguas indígenas con muchos hablantes (casi diez millones el quechua, en varios países) pero cuyo futuro, sin duda, es oscuro por la desmembración de los grupos indígenas y la presión constante del español, y que ahora podrán tener una presencia en el medio electrónico más extendido. Y como atendiendo a una de las propuestas de Crystal en este libro, la PBS, la empresa de radiotelevisión pública de los Estados Unidos, está preparando un documental de televisión que se titulará *Vanishing Voices*, «Voces que desaparecen», sobre las lenguas en peligro y el trabajo de los lingüistas. Añadamos a todo esto la exposición *Voces del Fòrum de Barcelona* en 2004, donde, satisfaciendo también los deseos de David Crystal, se mostraron imágenes y sonidos

de numerosas lenguas, grandes y pequeñas, de todo el mundo, juntamente con sus hablantes, para mover a la reflexión y la concienciación de todas las personas en torno a la igualdad de las lenguas y la necesidad de defenderlas. *Voces* estuvo acompañada de numerosos actos y conferencias, y David Crystal fue el eje de buena parte de las actividades. Parece que los llamamientos de lingüistas como Crystal empiezan a ser escuchados.

El libro analiza brevemente, además de los temas que ya he comentado, el papel de Internet y otras nuevas tecnologías en el lenguaje. Como en las restantes partes del libro, la lectura de este capítulo puede servir para evitar muchas ideas erróneas. Por un lado, las posibilidades que abre Internet para las lenguas minoritarias y en peligro, que se manifiesta incluso en la facilidad con que ahora podemos obtener datos «reales» de lenguas a las que hace muy pocos años apenas había acceso. Basta con acudir a uno de los buscadores para encontrar lecciones de las lenguas más exóticas, así como textos, comentarios... Internet abre además, como muestra Crystal de forma lúcida y convincente, unas vías completamente nuevas en el uso del lenguaje: una forma que es a la vez hablada y escrita, pero distinta a ambas. Aún habrá que estudiar los efectos de los video-chats, demasiado recientes para encontrar cabida en este libro. Llama además la atención cómo en inglés y en español, separadamente, se han producido fenómenos semejantes, sin que exista copia, préstamo o imitación directos del modelo inglés; en ambas lenguas se buscan formas de abreviación que son muy parecidas: eliminación de vocales (*bsos por besos*), sustitución de grupos consonánticos por consonantes simples (*x* en lugar de *ch* en español, por ejemplo), utilización de acrónimos (*tq por te quiero*), etc. Estos procesos de búsqueda de formas más simples de escritura —que seguramente, como señala David Crystal, difícilmente afectarán a la lengua «en general»— se están realizando sin necesidad de codificación, ni de enseñanza explícita: representan, podríamos decir, una forma nue-

va de autoorganización en el cambio de algunas áreas del lenguaje escrito. Se abre, pues, desde ahora mismo, un campo de investigación futura de gran valor e interés.

Concluye Crystal con una prospectiva de los derroteros que seguirá esta revolución del lenguaje, y hace algunas propuestas que, si en ocasiones pueden parecer idealistas y utópicas, resulta que están empezando a encontrar eco, como he señalado ya en estas páginas.

Sumergirse en la amena lectura de este librito puede modificar ideas preconcebidas, prejuicios y simples errores sobre lo que es el lenguaje, lo que sucede en las lenguas del mundo, cuál es el papel del inglés. Un libro, sin duda, que será de enorme utilidad para todos los interesados en el lenguaje.

Enrique Bernárdez
Catedrático de Filología Inglesa
UCM

CAPÍTULO 2

EL FUTURO DE LAS LENGUAS

Ninguna lengua vive aislada, y todas aquellas que entran en contacto influyen unas sobre otras. Las más extendidas —los idiomas internacionales como el francés, el español, el chino y el suahili— son las que más influencia ejercen, y la lengua global, por su propia naturaleza, es la que tiene más influencia de todas.

Una de las tendencias más notables de los últimos cincuenta años ha sido el modo en que el inglés, a medida que se convertía en lengua global, se iba infiltrando en otras lenguas mediante el préstamo de una cantidad sin precedente de términos ingleses. Como muestra, vayan una decena de ellos recogidos por el *Dictionary of European Anglicisms* (2001), de Manfred Görlach, al comienzo del alfabeto:

AA (Alcoholics Anonymous), absenteeism, abstract (content summary), accelerator, accountant, ace (tennis), acid (LSD), acid house (music), action film, AD (art director) *¹.

* En lengua castellana equivalen a Alcohólicos Anónimos, absentismo, resumen de contenidos (no hay término derivado), acelerador, contable (sin término aso-

Cada cultura responde de modo muy diferente a este influjo, y en cada una de ellas surgen actitudes variadas. Algunas personas lo consideran una fuente de enriquecimiento lingüístico y le dan la bienvenida, mientras otras, más puristas, lo condenan como un ataque a los valores de las lenguas tradicionales. Se han creado organizaciones para combatirlo, y en algunos casos famosos —el más conocido de los cuales quizá sea la Ley Toubon en Francia— se ha intentado prohibirlo. Aunque la energía y los sentimientos generados por estas iniciativas sean dignos de todo respeto, la historia nos muestra claramente que están mal encauzados. Todas las lenguas han estado siempre en contacto con otras lenguas, y todas han tomado prestadas palabras de las demás. Ninguna comunidad lingüística ha conseguido detener el proceso una vez puesto en marcha. La única manera de hacerlo sería apartar la propia lengua del contacto con las demás, pero nadie desea el aislamiento social y económico que supondría esta política.

La posición contraria a adoptar palabras de otras lenguas encierra una falacia. Los puristas consideran que conduce a una transformación del carácter de la lengua, lo que supone un desastre. Si bien lo primero no deja de ser cierto, lo segundo no lo es en absoluto, como lo demuestra la historia de las lenguas, y especialmente la historia del propio inglés. Un examen del *Oxford English Dictionary* nos muestra que el inglés ha tomado, a lo largo de los siglos, palabras de más de 350 lenguas. Como ya señalé en el capítulo 1, esto ha transformado espectacularmente su carácter. Originariamente una lengua germánica, el inglés actual no se parece al de los tiempos anglosajones: cuatro quintas partes de su vocabulario no son de procedencia germánica, sino romance, latín o griego (siempre

ciado), ace (esp. tenis: tanto obtenido directamente del saque; pron. /i:s/), ácido (LSD), acid house (estilo musical bailable, se mantiene la denominación), film de acción, director artificio (N. del T.).

me ha parecido irónico que cuando los franceses, por ejemplo, se quejan de los términos ingleses que actualmente se infiltran en su lengua, a menudo terminen poniendo reparos a palabras cuyo origen es francés o latino, como *le computer*).

No cabe duda de que el inglés ha cambiado, pero, ¿ha resultado negativo este cambio? Gran parte del impacto expresivo de Chaucer o Shakespeare —por mencionar sólo dos de muchos autores— se debe a su habilidad para trabajar con ese vocabulario multilingüe. Todo el mundo se beneficia de una lengua léxicamente enriquecida. En inglés poseemos muchos «dobletes» o «tripletes» —tales como *kingly*, *royal* y *regal* para hablar de la *realidad*— que provienen de los términos adquiridos a lo largo de la historia (el primero es germánico; el segundo, francés, y el tercero, latino). Tres palabras para el mismo concepto básico permiten expresar toda una gama de matices estilísticos que de otro modo no serían posibles. Las palabras procedentes de otras lenguas siempre añaden valor semántico a la propia, permitiendo expresar los pensamientos de manera mucho más matizada. Esto es precisamente lo que ocurre en estos momentos: los jóvenes, a diferencia de los mayores, creen que muchas palabras inglesas «molan», por lo que se refuerza su expresividad. De este modo, el lenguaje como un todo adquiere una nueva dimensión léxica de la que carecía con anterioridad. En muchos ámbitos sociales, como la publicidad, por ejemplo, se utilizan activa y creativamente términos ingleses, cuando dicho uso puede contribuir a vender productos. En el inglés ocurre lo mismo pero a la inversa: los términos franceses contribuyen a la venta de perfumes; y una de las expresiones alemanas más ampliamente utilizadas durante la pasada década se introdujo a través de los anuncios de televisión: *Vorsprung durch Technik* (la ventaja de la técnica).

Cuando una lengua adopta palabras —y sonidos o construcciones gramaticales—, lo hace adaptándolas. Así ha sido la historia continua del inglés, a medida que se iba extendiendo

por el mundo, dando lugar a las nuevas lenguas inglesas mencionadas en el capítulo 1, y los préstamos que adquieren actualmente otras lenguas pasarán por un proceso similar. Cuando el término francés *restaurant* penetró en el inglés fue cambiando su carácter, perdiendo la vocal nasal francesa de la sílaba final, para pasar primero a sonar como «rest-uh-rong», y posteriormente a su pronunciación moderna «rest-ront». De modo análogo, las palabras inglesas cambian su pronunciación y finalmente su carácter cuando son pronunciadas en otras lenguas. Un caso muy estudiado es el de las que han penetrado en el japonés: algunas son ahora ininteligibles para el oyente inglés nativo (lo cual es la causa de la aparición de etiquetas como «japlish», y el hecho de que estas variedades se estén convirtiendo en nuevas lenguas). Aunque a veces se utilicen en tono de broma, estas etiquetas no son ningún chiste, sino un intento de caracterizar lo que está aconteciendo por todo el mundo a medida que las diferentes lenguas aumentan sus contactos unas con otras. Son un ejemplo básico del hecho de que el lenguaje humano es incontrolable. A medida que aumenta la presencia de una lengua, y se convierte en nacional, internacional y global, ésta deja de pertenecer a sus creadores. El propio inglés hace mucho tiempo que dejó de ser propiedad de nadie, como hemos visto, y está abierto a la influencia de todos aquellos que decidieron utilizarlo. Por esa razón su transformación es tan grande a medida que se traslada por el planeta y cobra fuerza la existencia de una «familia de lenguas inglesas» en el siglo XXI.

El vocabulario atrae la mayor parte de la atención en este tema porque se trata del área en la cual el cambio se produce más rápidamente y es más evidente. Las personas son conscientes de las nuevas palabras y de los nuevos significados de las palabras. No obstante, no todos los préstamos lingüísticos atraen la misma cantidad de atención; las palabras tomadas de **otras lenguas** suelen pertenecer a dos categorías: aquellas que

nombran conceptos que la lengua no había expresado anteriormente (como la mayor parte del vocabulario propio de Internet) y aquellas que expresan conceptos para los que existía una opción local perfectamente satisfactoria. Esta segunda categoría es la que recibe más críticas, al existir el temor de que la nueva palabra termine reemplazando a la antigua. Pero, como ya he sugerido, se trata de un temor infundado por dos razones. En primer lugar, como muestran muchos ejemplos similares al mencionado para hablar de la *realeza*, la nueva palabra no tiene por qué reemplazar a la antigua, sino que puede complementarla. Cuando el español, por ejemplo, toma palabras inglesas y las adapta, dejan de ser inglesas para convertirse en españolas, aunque transmitan un matiz diferente del tradicional. El proceso de integración se ve facilitado por poetas, novelistas, dramaturgos, escritores satíricos, humoristas, publicistas y periodistas, que utilizan creativamente estos matices. Habitualmente se precisa de una generación para que las palabras importadas se integren plenamente, aunque Internet parece estar acelerando este marco temporal. Si miramos retrospectivamente a los préstamos de anteriores generaciones, los valoramos porque apreciamos la manera en que algunos autores los han empleado adecuadamente. Las críticas se centran solamente en los términos incorporados en la presente generación.

En segundo lugar, incluso en aquellos casos en los que la nueva palabra reemplaza a la antigua (como también ocurrió a menudo en el inglés, cuando cientos de palabras francesas reemplazaron a las anglosajonas en la Edad Media), poco es lo que puede hacerse para evitarlo. Merece la pena repetirlo: el lenguaje humano no puede controlarse. Cuenta el historiador del siglo XII Henry de Huntingdon que el rey Canuto de Inglaterra reprendió a quienes le adulaban mostrándoles que ni siquiera él como rey (ni, por implicación, el poder divino), podía detener el ascenso de la marea. La anécdota adquiere re-

levancia cuando observamos a individuos, asociaciones, academias e incluso parlamentarios intentando detener el flujo de palabras tomadas de cualquier otra lengua. Nunca lo consiguieron en el pasado, y no lo conseguirán en el futuro. Las lenguas son demasiado poderosas por el simple hecho de que afectan a demasiadas personas. Con la excepción de un puñado de casos en los que el número de hablantes es tan pequeño que su uso puede planificarse desde un ente central (como algunas lenguas minoritarias en peligro), su uso está fuera de control. Esto ocurre claramente con las lenguas fuertes, como el español, el francés y el alemán, hablados en muchos países y que han incorporado muchas identidades étnicas.

Por tanto, en lugar de atacar las palabras importadas, tendría mucho más sentido desarrollar estrategias creativas para fomentar su integración, en la literatura, la escuela y la sociedad en general. Sería una manera mucho mejor de invertir el tiempo y la energía. Las palabras importadas son producto de un mundo en el que personas con diferentes entornos lingüísticos comparten su tiempo y dan nuevas dimensiones de vida lingüística a una comunidad. Como ciudadano de ese mundo, yo valoro cada préstamo de mi repertorio lingüístico, y espero ilusionado el día en que los demás sientan lo mismo. Aquellos que disponen de tiempo y energía para preocuparse por temas lingüísticos podrían dedicarlos a otros mucho más importantes que merecen su atención: la muerte de las lenguas.

Lenguas amenazadas

A pesar de que cientos de lenguas han nacido y han muerto a lo largo de la historia humana, hasta la década de los noventa no fue perceptible, a partir de la publicación de una serie de estudios mundiales, que el ritmo de desaparición estaba aumentando considerablemente². Resulta sencillo resumir el al-

cance de estos hechos, aunque sea imposible ser exacto: parece probable que aproximadamente la mitad de las 6.000 lenguas existentes en el mundo desaparezcan a lo largo del presente siglo, lo que supone la pérdida de una lengua cada dos semanas más o menos, a un ritmo sin precedente en la historia conocida. Todavía existe escasa consciencia popular de los hechos, incomparablemente menos que la correspondiente consciencia de pérdida biológica que asociamos con el movimiento ecologista. La mayor parte de la gente no ha desarrollado aún una conciencia del lenguaje. Pero el alcance y el ritmo de la pérdida de diversidad lingüística mundial que está teniendo lugar en estos momentos son tan desastrosos que la palabra «revolución» se queda corta para describirlo considerando el presente contexto.

El interés público por la diversidad lingüística mundial está creciendo a ritmo constante, en parte debido a que la pauta global se está repitiendo concretamente en las diferentes lenguas que se encuentran en peligro, muchas de ellas en Europa. El viejo continente tiene la suerte de contar con varias décadas de experiencia en la gestión de lenguas minoritarias, estructuras administrativas y políticas para canalizar esos conocimientos, y un historial de toma de decisiones que ha producido importantes salvaguardas y recomendaciones. De hecho, varios países no europeos observan con gran respeto y no poca envidia el enfoque que reciben en el continente lenguas como el galés, que cuenta con dos leyes de protección (*Language Acts*) ya operativas y una tercera en debate. Los movimientos locales en apoyo del galés, el gaélico, el catalán, el rético y muchas otras lenguas minoritarias han construido una dinámica que alcanzó nuevas proporciones en la década de los noventa, a juzgar por la cantidad de declaraciones públicas (como el Estatuto Europeo para las Lenguas Regionales o Minoritarias, de 1992, y la Declaración de Derechos Lingüísticos de Barcelona, de 1996)³. Las organizaciones nacionales e internaciona-

les preocupadas por la desaparición de las lenguas (como la Fundación Británica para las Lenguas Amenazadas, o el Centro Internacional de Documentación de la Unesco en Tokio, donde se recogen reclamaciones) datan de 1995. A causa de su juventud, el movimiento no tiene todavía una gran presencia pública, si lo comparamos con el movimiento ecologista en general, que lleva medio siglo cobrando fuerza. Pero no existe ninguna duda de la gravedad de la situación, proporcionalmente mucho mayor que el peligro de extinción que amenaza a las especies botánicas y animales. Nadie sugiere que la mitad de las especies del mundo vayan a desaparecer el próximo siglo.

Aunque es necesario reconocer la conexión entre la aparición de una lengua global (véase el capítulo 1) y el incremento en la tasa de desaparición de lenguas, esta relación no debería simplificarse. El impacto de las lenguas dominantes sobre las minoritarias es objeto de preocupación universal, y el papel del inglés posee implicaciones especiales en este asunto, pero es importante destacar que *todas* las lenguas mayoritarias tienen parte de responsabilidad: la conversión del inglés en lengua global no es el único factor que explica el peligro en que se encuentran las lenguas. Aunque el inglés haya resultado decisivo en la desaparición de otras lenguas en lugares como Australia y América del Norte, es poco relevante cuando consideramos las desapariciones correspondientes que han tenido lugar en América del Sur o en muchas partes de Asia, en donde el español, el portugués, el ruso, el árabe y el chino han reemplazado a las lenguas locales. Ni tampoco resulta siempre el factor esencial, a este respecto, en el África colonial, en donde las rivalidades étnicas y religiosas en el ámbito local suelen ser la razón de que determinada lengua se vea amenazada. La clave del asunto es de carácter general: nos estamos enfrentando a las consecuencias de una corriente globalizadora en la que se han liberado fuerzas culturales y de mercado sin precedentes, en la

que participan todos los idiomas más importantes y que actúa desequilibrando constantemente las fuerzas lingüísticas.

Una lengua desaparece cuando muere la última persona que la habla. Otros afirman que desaparece cuando lo hace el penúltimo hablante, porque el último ya no tiene oportunidad de hablar con nadie. Después de estas muertes, una lengua permanece sólo si ha sido puesta por escrito o existe algún tipo de registro. Al inicio de este nuevo milenio, no existe ninguna documentación de unas 2.000 lenguas, alrededor de una tercera parte del total existente. Cuando desaparece una de ellas, las consecuencias son realmente catastróficas. Al morir, las personas dejan signos de su presencia en el mundo en forma de enterramientos, túmulos funerarios y artefactos, es decir, su arqueología. Cuando desaparece una lengua que no había sido documentada, es como si nunca hubiese existido.

Las proporciones son dramáticas. No existe nada extraño en que desaparezca una lengua; a lo largo de la historia ha habido un devenir de diferentes comunidades, cada una de ellas con su propia lengua. El hitita, por ejemplo, murió cuando desapareció su civilización, en tiempos del Antiguo Testamento, y la misma suerte han compartido unas sesenta lenguas conocidas desde los tiempos bíblicos. Eso es comprensible, pero lo que está ocurriendo en la actualidad resulta extraordinario, a juzgar por las pautas del pasado. La muerte de la mitad de las lenguas conocidas en un mismo siglo supone una extinción a escala masiva y sin precedentes. ¿Cómo sabemos que desaparecerán tantas lenguas? En el curso de las últimas dos o tres décadas, lingüistas de todo el mundo han dedicado una gran cantidad de tiempo a buscar datos comparativos. Se han realizado varios estudios importantes, y cuando se estudia una lengua no se toman simplemente notas sobre su pronunciación, gramática y vocabulario, sino que se investiga el número de personas que la hablan y su edad. Es evidente que si se encuentra una que tiene pocos hablantes, y nadie se está preo-

cupando de transmitirla a los niños, se puede deducir que desaparecerá pronto. Y debemos llegar a la misma conclusión tenga dicha lengua 100 o 1.000 hablantes: no durará mucho.

En un estudio publicado en 1999 por el Summer Institute of Linguistics, *Ethnologue*, existían 51 lenguas con sólo un hablante vivo, 28 de ellas en Australia. Había cerca de 500 lenguas en el mundo con menos de 100 hablantes; 1.500 con menos de 1.000; más de 3.000 con menos de 10.000 hablantes, y la asombrosa cantidad de 5.000 con menos de 100.000 hablantes. Resulta que el 96 por ciento de las lenguas del mundo son habladas por el 4 por ciento de su población. Tal vez por eso no resulte extraño que tantas se hallen en peligro.

Considerar la cifra de 100.000 hablantes en el contexto de lenguas amenazadas de extinción suele sorprender a muchos. Tal vez parezca que una lengua con 100.000 hablantes está a salvo, pero las pruebas muestran lo contrario. Aunque dicha lengua no vaya a desaparecer la semana que viene, o el próximo año, no existe ninguna garantía de que vaya a sobrevivir a un par de generaciones. Todo dependerá de las presiones que reciba, en concreto de si corre el riesgo de ser dominada por otra lengua. También depende de las actitudes de quienes la hablan; ¿les importa que sobreviva o que desaparezca? El bretón, del noroeste de Francia, es el clásico ejemplo de lengua cuya cifra de hablantes ha disminuido espectacularmente. A comienzos del siglo XX llegaba al millón de personas y ahora se ha reducido a una cuarta parte. El bretón podría sobrevivir si se hicieran suficientes esfuerzos para salvarlo (iniciativas como las que han contribuido a que el galés recupere su crecimiento), y algunos signos muestran que eso ya empieza a ocurrir. Si no es así, la tendencia descendente seguirá adelante y podría desaparecer en cincuenta años. Esta hipótesis ya ha ocurrido recientemente con otras dos lenguas célticas del noroeste europeo, la lengua de Cornualles y la de la Isla de Man (**el manx**). Ambas están ahora recibiendo cierto apoyo, en un

intento de recuperación, pero cuando una lengua ha perdido a su última comunidad de hablantes nativos, la tarea de recuperarla es tremendamente ardua —aunque no imposible, tal y como se ha visto con algunos de los lenguajes aborígenes de Australia.

Una lengua no necesita mucho tiempo para desaparecer, una vez que su comunidad pierde la voluntad de mantenerla. En realidad, la velocidad que puede adquirir su declive ha sido una de las principales averiguaciones producidas por la investigación lingüística más reciente. Ejemplo de ello sería el aleutiano, la lengua de las Islas Aleutianas, situadas al oeste de Alaska, que sobrevive en una sola de ellas, Atka. En 1990 apenas 60 personas lo hablaban fluidamente; cuatro años después, eran sólo 44. Si el declive continúa a este ritmo, el aleutiano habrá desaparecido en el año 2010. Considerando la edad de sus hablantes más jóvenes, aún en la veintena, probablemente se conservará hasta la mitad del siglo, y será utilizado ocasionalmente hasta que, al final, sus escasos hablantes, aislados unos de otros y sin oportunidades para renovar la lengua mediante la interacción diaria, encuentren que no tienen a nadie con quien hablarlo. Podemos encontrarnos con este escenario en cualquier parte del mundo, pero especialmente en las regiones próximas al ecuador (en Brasil, África Occidental, la India y el Sudeste Asiático, especialmente en Papúa-Nueva Guinea), en las que se habla la mayor parte de las lenguas del mundo.

¿Cuál es la causa de que tantas lenguas estén en proceso de extinción? Las razones incluyen una amplia gama de respuestas que va desde los desastres naturales hasta el genocidio, pasando por diferentes formas de asimilación cultural. Aunque resulte prácticamente imposible obtener cifras exactas, es evidente que las pequeñas comunidades que habitan en zonas aisladas pueden ser fácilmente diezmadas o arrasadas a causa de terremotos, huracanes, tsunamis y otros cataclismos. El 17 de

julio de 1998, un terremoto de magnitud 7,1 centrado en la costa de la provincia East Saundaun, en Papúa-Nueva Guinea, acabó con la vida de más de 2.200 personas y desplazó a más de 10.000. Las aldeas de Sissano, Warupu, Arop y Malol fueron destruidas, y alrededor del 30 por ciento de los campesinos de Arop y Warupu murieron. Los investigadores del Summer Institute of Linguistics ya habían identificado con anterioridad cuatro formas de hablar lo bastante distintas entre sí como para ser reconocidas como lenguas diferentes, pero el tema seguía sin resolverse. Según *Ethnologue* (1996), era preciso realizar estudios en tres casos, y habían comenzado los trabajos en el cuarto. Las cifras ya eran pequeñas: Sissano contaba apenas con 4.776 habitantes en el censo de 1990; Malol, 3.330; Arop, 1.700 en 1981; y Warupu, 1.602 en 1983. Actualmente, las poblaciones de Arop y Warupu serán inferiores al menos en 500 personas cada una. Con la destrucción de estas aldeas, y el traslado de los supervivientes a centros de atención y otras localidades, se abre el interrogante de si estas comunidades (y por tanto sus lenguas) sobrevivirán al trauma del desplazamiento.

El efecto histórico que las enfermedades importadas causaron en los pueblos indígenas está bien documentado, aunque la extraordinaria escala de sus consecuencias a comienzos de la era colonial no sea todavía justamente valorada por todos. Durante los doscientos años posteriores a la llegada de los europeos a las Américas, se estima que el 90 por ciento de la población indígena fue aniquilada por enfermedades que aquellos, tanto animales como humanos, portaban. Enfocando a un área concreta, se estima que la población de México Central debía de estar por encima de los 25 millones en 1518, a la llegada de los españoles, pero había descendido hasta sólo 1,6 millones en 1620. Algunas estimaciones sugieren que la población total del Nuevo Mundo pudo haber superado los 100 millones antes del contacto con los europeos. Doscientos años

después, esta cantidad había descendido a menos de 1 millón. La escala de semejante desastre sólo puede apreciarse cuando se compara con otros: excede en mucho los 25 millones de muertos que se cree causó la peste negra en la Europa del siglo XIV, y también supera ampliamente el número total de bajas producidas por las dos guerras mundiales (entre 30 y 40 millones). Entonces era la viruela, ahora el sida. Pero el sarampión o la gripe común pueden ser igualmente mortales para una comunidad que no posee ningún tipo de inmunidad ante ellos, como se ha visto en repetidas ocasiones entre las lenguas amerindias de Sudamérica.

En aquellos lugares del mundo que poseen recursos naturales, los efectos sobre la población local de su explotación exterior han sido devastadores, como documentan con regularidad las organizaciones de derechos humanos. El tratamiento que reciben las comunidades de la selva amazónica continúa siendo objeto de condenas internacionales. A pesar de décadas de esfuerzos por asegurar los derechos de propiedad de los pueblos indígenas, y por ofrecerles protección contra los ataques de ganaderos, mineros y madereros, todavía abundan los informes de matanzas étnicas y desplazamientos. En otras partes del mundo se trata de la situación política, en lugar de la económica, la causa inmediata de reducción drástica de una comunidad o de su desaparición. Puede que los daños provengan de una guerra civil o de un conflicto internacional; puede que estén implicadas viejas enemistades étnicas o religiosas, como ocurre en algunas regiones de África. Las acusaciones de genocidio son habituales.

En algunos lugares resulta difícil separar los factores políticos y los económicos. En Colombia se ha atribuido la desaparición de varias lenguas a una combinación de circunstancias agresivas. Una línea de razonamiento apunta a una historia de conflictos militares que produjeron el exterminio de varias comunidades indígenas. El conflicto es complejo, y en él par-

ticipan fuerzas regulares, paramilitares, guerrillas y criminales (narcotraficantes) que operan en el área rural. Los miembros de las comunidades indígenas se ven inmersos en él, y a menudo son objeto de sospecha por parte de alguna de estas fuerzas, que creen que colaboran con la(s) otra(s). Otros señalan la explotación de pequeñas comunidades por organizaciones tanto del interior como del exterior del país, con casos documentados de esclavitud laboral (para la producción del caucho en el Amazonas) y de migraciones forzadas de áreas rurales a la ciudad. Independientemente del balance de sus causas, el resultado es el mismo: mortalidad significativa de las personas y desintegración de la comunidad a corto plazo.

Aunque los individuos sigan viviendo, puede que la lengua muera. El restante grupo de factores que contribuyen a la desaparición de una lengua no tiene nada que ver con la seguridad física de sus hablantes. Los miembros de la comunidad siguen vivos y en buen estado, a menudo en su mismo territorio tradicional, pero no obstante su lengua entra en declive y finalmente desaparece, siendo reemplazada por cualquier otra. El término con el que más a menudo se designa esta situación es *asimilación cultural*: una cultura es influida por otra más dominante y comienza a perder su carácter, debido a que sus miembros adoptan nuevos comportamientos y costumbres. Gran parte de la presente crisis proviene de los principales movimientos culturales que comenzaron hace 500 años, cuando el colonialismo extendió un pequeño número de lenguas dominantes por todo el mundo. No hace falta resaltar este punto en lugares como Norteamérica o Australia, donde el inglés ha desplazado a tantas lenguas aborígenes, pero, como ya he mencionado, no debemos olvidar que el inglés no es en absoluto el único idioma que domina de esa manera. En Sudamérica fueron el portugués y el español; en Asia septentrional, el ruso; el árabe ha arrollado a multitud

de lenguas en el norte de África; y en el África Subsahariana la construcción de imperios tribales locales siempre ha sido un factor decisivo.

En la actualidad son bien conocidos los factores que fomentan la asimilación cultural. La urbanización ha creado ciudades que actúan como imanes para las comunidades rurales, y el desarrollo del transporte y de las comunicaciones ha facilitado su acceso a los campesinos. En estas ciudades entran en contacto directo con la sociedad de consumo, con sus sesgos específicamente norteamericanos, y con la homogenización que trae consigo este tipo de relación. El aprendizaje de la lengua dominante (el español o el portugués en Sudamérica, el suahili en gran parte del África Oriental, el árabe en el norte de África y el inglés prácticamente en todas partes) facilita enormemente este proceso. No hay escapatoria ni siquiera para las personas que permanecen en su entorno rural (excepto en las comunidades más aisladas), porque los mismos medios de transporte que llevan a los campesinos a la ciudad sirven para llevar productos de consumo y la publicidad asociada a ellos de vuelta a las comunidades. La centralización del poder en las metrópolis invariablemente provoca una pérdida de autonomía para las comunidades locales, y a menudo un sentimiento de extrañeza cuando se dan cuenta de que ya no tienen control sobre su propio destino y que quienes deciden en la distancia ignoran las necesidades locales. La lengua de la cultura dominante se infiltra por todas partes, reforzada por la incesante presión diaria de los medios de comunicación, especialmente de la televisión. El conocimiento y las prácticas tradicionales son rápidamente erosionados.

Aparentemente, la secuencia de acontecimientos que tiene lugar cuando una lengua asimila a otra es igual en todas partes. Pasa por tres amplias fases. En la primera se produce una enorme presión para que se hable la lengua dominante, presión que puede provenir de fuentes económicas, sociales o po-

líticas. Puede venir «de arriba a abajo», en forma de incentivos, recomendaciones o leyes promulgadas por un gobierno o una institución nacional; o puede venir «de abajo a arriba», en forma de corrientes de moda o presión social procedente de la propia sociedad de la que forma parte; o, incluso, puede no mostrar una dirección clara, surgiendo a modo de la interacción entre factores sociopolíticos y socioeconómicos que sólo en parte se reconocen y se comprenden. Pero, independientemente de dónde provenga la presión, su resultado —fase dos— es un periodo de bilingüismo emergente, a medida que los individuos son más eficientes en el uso de su nueva lengua mientras retienen el dominio de la antigua. Entonces, a menudo con bastante rapidez, este bilingüismo empieza a declinar, y la antigua lengua deja paso a la nueva. Así comienza la tercera fase, en la que la nueva generación adquiere competencia en la nueva lengua, identificándose más con ella, y considera a su primera lengua menos relevante para cubrir sus necesidades. Esto suele venir acompañado de un sentimiento de vergüenza al hablar la antigua lengua, tanto en los padres como en los hijos. Los padres la usan cada vez menos con sus hijos, o delante de sus hijos, y cuando la nueva sociedad trae al mundo más niños, encuentran menos oportunidades para usar la lengua con ellos. Aquellos hogares que continúan empleándola se dan cuenta de que quedan menos familias con las que hablar, y su propio uso se hace más endógeno e idiosincrásico, dando lugar a «dialectos familiares». Fuera de casa, los niños dejan de hablarse entre ellos en su lengua. En una sola generación, a veces en una sola década, una familia puede pasar de un sano bilingüismo a un «semilingüismo» consciente, y de ahí a un monolingüismo que sitúa a la antigua lengua un paso más cerca de su extinción.

El desafío del siglo XXI: documentación y revitalización

¿Hay algo que pueda hacerse? Evidentemente, es demasiado tarde para acometer cualquier iniciativa que pueda ayudar a muchas lenguas cuyo número de hablantes es demasiado escaso, o éstos son demasiado viejos, y cuya comunidad está demasiado absorbida por la mera supervivencia como para preocuparse por su lengua. No obstante, muchas otras no se encuentran en una situación tan grave. A menudo, cuando una lengua está amenazada pueden hacerse cosas que la doten de nueva vida. El término utilizado es *revitalización*. Una vez que determinada comunidad es consciente de que su lengua está en peligro, puede actuar conjuntamente e introducir medidas para revitalizarla. Hay ejemplos célebres en Australia y América el Norte. En las Islas Británicas, el mejor ejemplo de lengua revitalizada es el galés. Para que existan probabilidades de éxito, deben aunarse varios factores: la propia comunidad debe querer salvar su lengua; la cultura de la que forma parte debe ser respetuosa con las lenguas minoritarias; son necesarios fondos para financiar cursos, materiales y profesores; y, en muchos casos, hacen falta lingüistas que acometan la tarea básica de ponerla por escrito, sobre el papel o en su equivalente digital.

Ésa es la labor más importante, documentar la lengua, o lo que es lo mismo, registrarla, analizarla y escribirla. Existen dos motivos para ello. El primero, evidentemente, de carácter educativo: la necesidad de alfabetización. Pero, además, existe un segundo motivo, relacionado con las razones por las que nos preocupamos cuando desaparece una especie animal o vegetal: porque reduce la diversidad de nuestro planeta. Por supuesto que en este caso nos referimos a la diversidad cultural e intelectual, no biológica, pero la cuestión es la misma. La mayor parte de las personas aceptan sin necesidad de explicaciones que la biodiversidad es algo positivo, y que debería fomentarse

su preservación. Existe una conciencia al respecto, tras décadas de publicidad y activismo. Desgraciadamente, la diversidad lingüística no tiene la misma prensa. El público, en general, no es consciente de esa necesidad. En el capítulo 4 se exponen con más detenimiento diversas iniciativas para incrementar la conciencia pública.

La diversidad es una parte fundamental del pensamiento evolutivo, que la considera resultado de la adaptación genética de las especies para sobrevivir en diferentes medios. El aumento de la uniformidad encierra peligros para la supervivencia de las especies a largo plazo. Los ecosistemas más fuertes son los más diversos. En su aplicación al desarrollo humano, con frecuencia se ha argumentado que nuestro éxito en la colonización del planeta se debe a nuestra capacidad para desarrollar culturas que se ajusten a todo tipo de medio ambiente. La necesidad de mantener la diversidad lingüística se basa directamente en ese mismo argumento. Si la diversidad es un requisito indispensable para el éxito de la humanidad, resulta esencial la preservación de la diversidad lingüística, ya que las lenguas forman parte esencial de lo que significa ser humano. Si el desarrollo de múltiples culturas es tan importante, el papel de las lenguas se convierte en fundamental, ya que las culturas se transmiten principalmente mediante el lenguaje oral y escrito. La mayor parte de la historia de una comunidad, y gran parte de su identidad cultural, se inscriben dentro de su propia lengua. «Cada lengua es un templo —afirmó Oliver Wendell Holmes— que guarda el alma de quienes la hablan»⁴. Si la diversidad es un factor fundamental, cuantas más lenguas podamos conservar, mejor será.

El mundo está compuesto por un mosaico de diferentes visiones; las visiones de los demás nos enseñan tanto que perder una sola pieza supone una pérdida para todos nosotros. En ocasiones, la enseñanza es eminentemente práctica, como cuando se descubren nuevos tratamientos médicos a partir de

las prácticas de medicina tradicional de un pueblo indígena. Otras veces es intelectual, un aumento en nuestra conciencia de la historia del mundo, como cuando los vínculos entre diferentes lenguas nos ofrecen información sobre los movimientos de las civilizaciones primitivas. El Dr. Johnson afirmó: «Siempre lamento la desaparición de una lengua, porque las lenguas son el árbol genealógico de las naciones»⁵. En otras ocasiones, la pérdida es literaria, ya que cada lenguaje tiene su equivalente —aunque sea sólo en forma oral— a Chaucer, Wordsworth y Dickens. Como es lógico, a menudo es lingüística: aprendemos algo nuevo sobre el propio lenguaje, el rasgo de la conducta que nos hace auténticamente humanos. Ezra Pound resumió la razón intelectual esencial: «La suma de la sabiduría humana no se encuentra contenida en ninguna lengua, y ninguna única lengua es capaz de expresar todas las formas y los grados del entendimiento humano»⁶. La perspectiva complementaria nos la ofrece George Steiner: «¿Acaso no es obligación del crítico hacer uso de otra lengua, al menos de un modo imperfecto, aunque sólo sea para experimentar los contornos que definen la suya propia?»⁷.

Así pues, existen poderosas razones ecológicas, sociales y lingüísticas por las que deberíamos preocuparnos por la muerte de las lenguas y acometer la tarea de documentar las lenguas amenazadas tan pronto como sea posible. Con cada una que desaparece se pierde otra valiosa fuente de información acerca de la naturaleza de la facultad del lenguaje humano (y no debemos olvidar que solamente existen 6.000 fuentes en total). No obstante, no todos aprecian el valor de un mundo multilingüe. Existen mitos muy arraigados, cuyo peor ejemplo es el de la Torre de Babel. La multiplicidad de lenguas se considera una maldición más que una bendición, impuesta por Dios en castigo por la soberbia de la humanidad. Según este razonamiento, todos estaríamos mucho mejor si hubiera una sola lengua en el mundo, ya fuera el inglés, el esperanto o cual-

quier otra, porque se acabarían los malentendidos y reinaría la paz en el mundo.

El razonamiento suena muy atractivo, pero no tiene sentido. No tiene nada que ver con creer o no en la Biblia, dejando de lado la cuestión de si hubo alguna vez un único lenguaje antes de Babel (Génesis 10 sugiere que no lo hubo, al nombrar a los hijos de Jafet «según sus países y cada una de sus lenguas» mucho antes de la caída de la Torre de Babel, que no se menciona hasta Génesis 11). Lo cierto es que un mundo monolingüe no supondría más paz en el futuro de la que existe actualmente en los países monolingües. Más bien al contrario. Es interesante observar cómo muchos de los lugares más conflictivos de las últimas décadas están situados en países caracterizados por su monolingüismo, como Camboya, Vietnam, Ruanda y Burundi (que ocupan una posición preeminente a este respecto en África) y la zona de habla serbocroata de la antigua Yugoslavia. Incluso Irlanda del Norte puede incluirse en el ejemplo. Del mismo modo, todos los principales países monolingües han tenido sus propias guerras civiles. Cuando las personas quieren luchar unas con otras, hace falta más que una lengua común para detenerlas. Es más probable que apoyemos un mundo en paz si prestamos atención a los derechos de los pueblos y a su identidad como comunidades, siendo el principal emblema de una comunidad su lengua. Resulta más probable que una política de multilingüismo sensible y una preocupación por las lenguas minoritarias sienten las bases de la coexistencia pacífica y mutuamente beneficiosa; y sólo podremos desarrollar tal política siendo conscientes, realmente conscientes, de los beneficios del bilingüismo, un principio que las naciones dominantes, básicamente monolingües por temperamento histórico, tienen todavía dificultades en asumir. Es necesario que reflexionen sobre las palabras de Emerson: «Un hombre es tanto más hombre cuantas más lenguas, más amigos, más habilidades y oficios posea»⁸. O sobre

el proverbio eslovaco: «Con cada nueva lengua aprendida se adquiere una nueva alma».

Es evidente que todo esto debe situarse dentro de una perspectiva más amplia en algunas partes del mundo. Es axiomático que el bienestar físico tiene la máxima prioridad: es absurdo defender el lenguaje si la gente está demasiado enferma para hablar o demasiado hambrienta para escuchar. Si la comida, el bienestar o el trabajo escasean, sólo puede esperarse que se dirijan las energías a encontrar la manera de incrementar los recursos y promover el crecimiento económico. Lo mismo ocurre cuando un conflicto militar, la opresión política o los disturbios civiles amenazan la seguridad y la supervivencia diarias. En estos casos, la preservación de la lengua casi parece un lujo irrelevante. Sin embargo, lo cierto es que las circunstancias, las prioridades y las metas vitales cambian con el tiempo. Si los programas de desarrollo promovidos por las organizaciones internacionales tienen algún éxito, hay esperanzas de que llegará un momento en el que los pueblos, sanos y bien alimentados, posean el tiempo y la energía para procurar la mejora en la calidad, y no sólo en la cantidad, de vida. Llegado ese momento, intentarán revivir sus tradiciones y afirmar su identidad cultural. Entonces se fijarán en su lengua.

Una de las quejas más habituales que suelen escucharse está formulada en forma condicional: «si mis padres hubieran...», «si la generación de mis abuelos hubiera...» Esta reacción se da frecuentemente en la segunda generación posterior a aquella que resultó incapaz de transmitir su lengua. Normalmente, la primera generación no suele preocuparse de ello, ya que sus miembros aún se encuentran demasiado ocupados luchando por asentar su nueva posición social y su nueva lengua. Son sus hijos, que ya se sienten seguros en dicha lengua y ocupan una posición socioeconómica mucho mejor, los que reclaman las tierras y los derechos civiles que quedaron atrás, comienzan a reflexionar sobre la herencia perdida y desean que las cosas

hubieran sido de otra manera. La «antigua lengua», que había sido fuente de vergüenza, se convierte en fuente de identidad y orgullo. Pero para entonces, si no se ha tomado ninguna medida de preservación, es demasiado tarde. Si su lengua ha desaparecido en el olvido sin ningún tipo de registro, no hay manera en que puedan recuperarla. Por el contrario, si se dedica un módico esfuerzo a su preservación, incluso en las circunstancias económicas más difíciles, se mantendrá abierta tal opción para estos pueblos. Podrán tomar su propia decisión, ya sea esta generación o la posterior.

Un módico esfuerzo. Nos encontramos ante el desafío del siglo XXI. ¿Seremos capaces de salvar unos miles de lenguas de ese modo? Por supuesto que sí, si disponemos de la voluntad y los fondos necesarios. ¿Cuánto costaría el esfuerzo? No sería barato, si pensamos que habría que enviar lingüistas al terreno, apoyar a la comunidad con profesores y recursos lingüísticos, publicar gramáticas y diccionarios, así como editar materiales para su uso en las escuelas, y todo ello durante un periodo de varios años, porque lleva tiempo revitalizar una lengua amenazada. Las condiciones varían tanto que resulta difícil generalizar, pero una cantidad de 100.000 libras esterlinas al año por lengua permitiría hacer muchas cosas. Si dedicáramos ese esfuerzo durante tres años a cada una de 3.000 lenguas, estaríamos hablando de unos 900 millones de libras para causar un impacto real en la presente situación de crisis. Ya sean libras o euros, la cantidad parece grande, pero situémosla en perspectiva: es equivalente a los ingresos producidos por la producción de petróleo de un par de días cualesquiera de un año medio. Podríamos obtener documentación sobre 3.000 lenguas e iniciar su revitalización por alrededor de 1.000 millones de libras o de euros. ¿De qué otra manera puede obtenerse tanto rendimiento por ese dinero?

El proceso ha comenzado, aunque lentamente y no sin dificultades. Durante la década de los noventa se fundaron va-

rias organizaciones para intentar canalizar las energías en juego y para conseguir fondos. Ya he mencionado la Fundación para las Lenguas Amenazadas, que comenzó su labor en Reino Unido en 1995, y existen organizaciones similares en Estados Unidos, Alemania, Japón y muchos otros lugares. La iniciativa promovida por la Unesco ese mismo año fue ampliada en marzo de 2003 mediante una nueva declaración que reflejaba la urgencia de la situación⁹. Al parecer, no escasean los solicitantes que desean «salir al terreno» y trabajar con estas lenguas. En muchas localidades hay personas nativas con buena formación que ya se encuentran «en el terreno». En todos los casos, el problema es la financiación. La necesidad es obvia, pero las necesidades sólo pueden cubrirse mediante la concienciación, que requiere estudios académicos, retrasmisiones audiovisuales, periodismo y tantos canales de comunicación como sean posibles, sin olvidarnos, como expondré en el capítulo 4, de las artes. Imbuir en las mentes del público la sensación de «alarma roja» es probablemente el esfuerzo lingüístico fundamental que debe realizarse en el nuevo milenio. Hace una década habría resultado muy difícil plantear el modo de conseguirlo. En la actualidad se han abierto una serie de puertas, en gran medida gracias a las oportunidades que ofrece la tercera característica de la revolución del lenguaje: Internet.

CAPÍTULO 3

EL PAPEL DE INTERNET

El tercer factor que contribuyó al carácter revolucionario de la década de los noventa, y que justifica en mayor medida el uso del epíteto «revolucionario», fue la popularización de Internet. Aunque la tecnología de Internet funcionaba desde la década de los sesenta para correo electrónico y chats, muy pocas personas comenzaron a utilizarla hasta treinta años más tarde. La propia World Wide Web no vio la luz hasta 1991, pero en un periodo de tiempo extremadamente breve los usuarios adoptaron su tecnología y se hicieron expertos en ella, adaptando y expandiendo su lenguaje bien diferenciado. Al principio se pensaba que la principal novedad lingüística consistía en el argot y la jerga utilizados por sus entusiastas impulsores, así como en la tendencia a ignorar las reglas convencionales sobre puntuación y ortografía. Los lingüistas quedaron impresionados sobre todo por la velocidad con que las innovaciones lingüísticas podían circular por todo el mundo. Sin embargo, gradualmente se fue apreciando que Internet mostraba algo

más que una nueva variedad estilística de la lengua, al suponer una alternativa a los medios que facilitan la comunicación humana. Esta alternativa es tan novedosa que todavía no ha recibido una denominación comúnmente aceptada (se habla de *comunicación mediante ordenador*, *CMO*, y *comunicación electrónica*) ni existe un término unificado para el tipo de lenguaje que emplea (yo utilizo *Netspeak*)¹. Pero existen razones para considerar la llegada de Internet como un acontecimiento tan revolucionario en el ámbito lingüístico como lo ha sido en el ámbito técnico o en el social.

Las revoluciones de esta magnitud son acontecimientos excepcionales. El primer medio de comunicación fue, evidentemente, la palabra, que surgió en la raza humana hace entre 30.000 y 100.000 años, aproximadamente. Posteriormente, hace unos 10.000 años, aparece la escritura en algunas partes del mundo. Ambos medios han permitido desde entonces la comunicación satisfactoria del ser humano, y cada uno de ellos ha ido progresando paulatinamente con la llegada de nuevas tecnologías, especialmente el teléfono y la radiodifusión, en el caso de la palabra, y la imprenta y el telégrafo, en el caso de la escritura. Debemos igualmente reconocer la importancia de un tercer medio de comunicación para un sector importante de la sociedad, el lenguaje por signos de los sordomudos, cuya historia se desconoce hasta que comenzara a ser sistemáticamente registrado en el siglo XVIII, y que existe en la actualidad en diferentes formas. Sin embargo, en 10.000 años no había aparecido ningún medio de comunicación que afectara al conjunto de la sociedad.

¿Cuál es la base que nos permite hablar en un tono tan revolucionario? ¿Qué razones me impiden referirme a la comunicación mediante ordenador en términos tradicionales, simplemente como «lenguaje escrito en una pantalla»? La respuesta viene reflejada en la lucha que los analistas han librado para describir exactamente lo que ocurre cuando las

personas se comunican de esta manera. Los e-mails, el correo electrónico, han sido calificados, por ejemplo, de «habla escrita», «un híbrido entre conversación y carta» y «una extraña mezcla de escritura y charla»². Cuando Homer Simpson pregunta a sus amigos «¿qué es un e-mail?», éstos se rascan la cabeza; Lenny contesta «es una cosa de los ordenadores, como, eh..., una carta eléctrica», y Carl añade: «o una llamada de teléfono silenciosa»³. Cuando tomamos en cuenta el resto de las funciones de Internet, se complica la tarea de conseguir una definición sencilla en los términos en los que tradicionalmente se considera el lenguaje hablado o la escritura. Algunos comentaristas han comparado Internet con una amalgama de televisión, teléfono y publicaciones convencionales, y se ha acuñado el término *ciberespacio* para captar la noción de un mundo de información presente o posible en forma digital (anteriormente llamado *la autopista de la información*).

Para poder apreciar justamente la novedad del medio, necesitamos considerar todas las funciones que es capaz de desarrollar. En última instancia, Internet no es más que una asociación de redes informáticas homologadas que permite enviar mensajes desde un ordenador central (*host*) de determinada red a otro de cualquier otra red. Sin embargo, en la actualidad constituye la mayor red informática mundial, con más de 100 millones de ordenadores conectados en el 2000, que suministra una gama de servicios cada vez mayor, y que posibilita que un número de personas sin precedente esté en contacto mediante de una variedad de técnicas. Se pueden identificar tres funciones básicas:

1. La *Red* (*World Wide Web*, o, simplemente, *Web*) es la manifestación más frecuente de esta estructura en red. Se trata del conjunto de todos los ordenadores conectados a Internet que contienen documentos mutuamente accesibles mediante el uso de un protocolo homologado (el *HyperText Transfer Protocol*, o *http*). El creador de la Web, el ingeniero informáti-

co Tim Berners-Lee, la ha definido como «el universo de la información accesible a través de redes, la personificación del conocimiento humano»⁴. Fue inventada en 1990 para que los físicos nucleares que investigaban la energía en distintas instituciones pudieran intercambiar información relativa a su ámbito de estudio, pero rápidamente se extendió a otros terrenos, y en la actualidad incluye todas las materias y está diseñada para la interacción multimedia entre usuarios informáticos de todas partes del mundo. Sus múltiples funciones permiten gestionar referencias enciclopédicas, archivos, catálogos, listados de «páginas amarillas», publicidad, auto-publicaciones, juegos, noticias, escritura creativa y transacciones comerciales de todo tipo, con un acceso cada vez mayor a películas y otros tipos de entretenimiento.

2. El *correo electrónico (e-mail)* es el uso de sistemas informáticos para enviar mensajes entre usuarios. En la actualidad hace referencia principalmente a los mensajes intercambiados entre buzones de correo privados (en oposición a los que se mandan a grupos de chat). Aunque ocupa un espacio relativamente pequeño del dominio de Internet, en comparación con los miles de millones de páginas de la Web, supera ampliamente a ésta en cuanto al número de transacciones individuales diarias realizadas. Como ha expresado John Naughton, «Internet se construyó sobre el correo electrónico [...]. Es el aceite que lubrica el sistema»⁵. Sus características son extremadamente diversas, incluyendo mensajes personales e institucionales de longitud y propósitos variados.

3. Los *grupos de chat* (o simplemente chats) son debates ininterrumpidos sobre temas específicos, organizados en «salas» en determinados sitios de Internet, en los que puede participar cualquier usuario interesado. Pueden ser de dos tipos, dependiendo de si la interacción se desarrolla en tiempo real o no (*síncronos* o *asíncronos*). En el primero, el usuario entra en un grupo y se une a una conversación que está teniendo lugar

en ese momento, enviando contribuciones con su nombre que son insertadas en forma de diálogo junto a las aportaciones de los otros participantes. En el segundo caso, los diversos comentarios se almacenan en determinado formato y se ponen a disposición de los usuarios que lo soliciten, de forma que pueden conectar con la discusión o sumarse a ella en cualquier momento, aunque haya transcurrido un periodo de tiempo considerable. Existe un uso diferente de esta tecnología en los llamados «dominios de múltiples usuarios» (*multi-user domains*), lugares imaginarios en los que se participa en juegos de fantasía (tipo «Dragones y mazmorras») o se construyen mundos virtuales (relacionados con los negocios o la educación) en los que se simulan situaciones de la vida real y se representan distintos papeles en diferentes escenarios.

Estos tres campos no son mutuamente excluyentes. Se pueden encontrar sitios en la Web en los que se combinan los tres, o en los que se utiliza uno dentro de otro. Por ejemplo, muchos sitios incluyen grupos de discusión y vínculos de correo electrónico, y los e-mails a menudo contienen anexos que llevan a páginas web. El mundo de Internet es extremadamente fluido, y sus usuarios exploran sus posibilidades de expresión experimentando con nuevas combinaciones de estos elementos y reaccionando ante los desarrollos tecnológicos. Pero una cosa es evidente: estas tres funciones, cada una a su modo, facilitan y limitan nuestra capacidad para comunicarnos de manera fundamentalmente diferente de la como lo hacen las alternativas semióticas. Muchas de las expectativas y de las prácticas que asociamos al lenguaje hablado y escrito ya no son válidas, y a la vez surgen nuevas oportunidades. Como resultado, la gente cree que debe utilizar el potencial puesto a su disposición, y es aquí donde se encuentra con el problema. Tiene que aprender unas reglas (cómo comunicarse por e-mail, cómo socializar en los grupos de chat o cómo construir

una página web efectiva) y, sin embargo, todavía no existen reglas definidas, en el sentido de modos de comportamiento universalmente aceptados, establecidos por generaciones de usuarios. Aquí se manifiesta un contraste evidente con el mundo de la comunicación basada en el papel. La escritura de cartas, por ejemplo, se enseña de forma rutinaria en la escuela; como existen acuerdos generalizados sobre la forma de escribir cartas, basados en las recomendaciones de los manuales, nos sentimos seguros haciendo uso de ese conocimiento. Pero aún no existe una guía comúnmente aceptada para la utilización de *Netspeak*. Dentro de poco, las convenciones en el uso de este lenguaje se enseñarán sistemáticamente en las escuelas, pero, mientras tanto, la primera señal de que hemos escrito deficientemente un mensaje nos suele llegar cuando recibimos una respuesta desagradable de su destinatario.

Internet es un medio electrónico, global e interactivo, y cada una de esas propiedades tiene consecuencias sobre el tipo de lenguaje que encontramos en él. La influencia más importante deriva del carácter electrónico del canal. Es decir, las opciones de comunicación del usuario están limitadas por el tipo de equipamiento que se necesita para acceder a Internet. Así, el conjunto de caracteres del teclado determina la capacidad lingüística productiva (el tipo de información que puede ser enviada); y el tamaño y configuración de la pantalla determinan la capacidad lingüística receptiva (el tipo de información que nos llega). Tanto el emisor como el receptor se ven además restringidos lingüísticamente por las propiedades de los programas y el equipo (software y hardware) que permiten su vinculación. Existen, por tanto, determinadas actividades lingüísticas tradicionales que este medio puede facilitar adecuadamente, y otras que no puede manejar en absoluto, además de permitir actividades lingüísticas nuevas que ningún otro medio puede conseguir. Por eso parece adecuado hablar en términos de «revolución».

Diferencias con el lenguaje hablado

La comunicación mediante ordenador (CMO) no es como el habla, ni siquiera en aquellas actividades electrónicas más parecidas a ésta, como pueda ser el correo electrónico. Existen varias diferencias importantes entre la CMO y la conversación cara a cara. La primera de ellas está relacionada con la tecnología: la carencia de respuestas instantáneas y simultáneas. El éxito de una conversación depende totalmente de que los interlocutores se den respuestas inmediatas. Cuando hablas conmigo no permanezco hierático y en silencio; mi cara y mi voz acompañan lo que estás diciendo; sonrisas y asentimientos se suceden en medio de toda una gama de vocalizaciones como *ahá, sí, claro* y *oh*. Estos mensajes provenientes de quien escucha nos indican cómo nos estamos expresando, y reaccionamos ante ellos instintiva e inmediatamente. Una mirada sorprendida nos lleva a repetir la frase; un dubitativo *uhm* nos obliga a repensar lo dicho. Sin estas contribuciones, una conversación languidece rápidamente, o se convierte en forzada y artificial. Ya resulta bastante difícil por teléfono, al estar ausentes las claves visuales, así que imaginemos la complicación de una conversación cara a cara en la que no existiera feedback visual ni auditivo.

Pues así es como sucede la interacción en el correo electrónico y en los chats: los mensajes enviados por ordenador son completos y unidireccionales. Cuando escribimos un mensaje a alguien lo mecanografiamos tecla a tecla, pero no llega a esa persona carácter a carácter, como aparecía en los antiguos teletipos. El mensaje no sale de nuestro ordenador hasta que lo «enviamos», lo que quiere decir que se transmite como una unidad y llega a la pantalla del receptor como una unidad. No existe modo de que el receptor pueda reaccionar ante él mientras lo escribimos, por la sencilla razón de que no sabe que está en camino hasta que llega el texto completo. Por lo tanto, el emisor no puede tener una idea de la efectividad de su men-

saje, si está siendo entendido o si necesita rectificarlo, a medida que lo escribe. No existe ninguna posibilidad técnica (por el momento) de que el receptor envíe el equivalente electrónico a una señal de cabeza, a un *ahá*, o a cualquier otra de las reacciones audiovisuales que desempeñan un papel tan decisivo en la interacción cara a cara. Los mensajes no pueden superponerse. Como resultado, los receptores se ven obligados a experimentar un periodo de espera hasta que el texto aparece; en su pantalla no hay nada, y de repente aparece algo, un sistema «off-on» que se ajusta al mundo binario de la informática pero que se encuentra muy lejos de la compleja realidad de las conversaciones cotidianas. Esta característica hace que las conversaciones electrónicas sean completamente diferentes de las que tienen lugar en el «mundo real».

La segunda diferencia importante entre *Netspeak* y las conversaciones directas se puede apreciar en los chats a tiempo real. Cuando se conecta con un chat sobre determinado tema, aparecen en la pantalla mensajes procedentes de todas partes del mundo. Si en ese momento hubiera treinta personas participando, podrían llegar a verse hasta treinta mensajes diferentes, cada uno aportando diversas contribuciones al tema, pero a menudo agrupados en una media docena de subconversaciones. Es un poco parecido a lo que sucede cuando estamos en una fiesta en la que se desarrollan varias conversaciones alrededor, con la diferencia de que en la fiesta no es posible prestar atención o participar en todas a la vez, pero en un chat no se puede evitar seguirlos, y es posible contribuir a tantas como tu capacidad mental y tu velocidad en el teclado lo permitan. Nunca antes había sido posible, en la historia de las comunicaciones humanas, participar simultáneamente en conversaciones múltiples. Ahora es posible, lo que constituye un factor revolucionario en el mundo de la conversación.

Una tercera diferencia radica en las limitaciones temporales de la tecnología: el ritmo de una interacción a través de Inter-

net es mucho más lento que el que se da en una charla normal, e impide que se desarrollen algunas de las propiedades más señaladas de las conversaciones. En el correo electrónico y los foros de discusión asíncronos, la respuesta a un estímulo puede demorarse de segundos a meses, dependiendo el ritmo del intercambio fundamentalmente de factores como el ordenador del receptor (si anuncia o no la llegada de un mensaje nuevo, por ejemplo), la personalidad y los hábitos del usuario (si los mensajes son respondidos regular u ocasionalmente) y las circunstancias que rodean a los interlocutores (su acceso a un ordenador, por ejemplo). El retraso temporal (que suele denominarse *demora*) es un factor decisivo en muchas situaciones: no se puede conocer con certeza cuál será la demora entre el momento de enviar un mensaje y el momento de recibir la reacción. A causa de este intervalo, la velocidad de la interacción —incluso en los encuentros más rápidos de *Netspeak*— carece del ritmo y la previsibilidad de las conversaciones telefónicas o cara a cara. Incluso en el caso de que un participante responda inmediatamente, puede existir una demora en la llegada del mensaje a las pantallas de los otros interlocutores debido a diversos factores, tales como problemas en el procesamiento de la anchura de banda, la densidad de tráfico en el servidor central o alguna complicación en el equipo del receptor o del emisor.

Los problemas causados por esta demora hacen que la interacción producida en los chats sea muy diferente de cualquier tipo de diálogo experimentado anteriormente por los seres humanos. La frustración se manifiesta en ambos lados de la cadena de comunicación. Desde el punto de vista del emisor, puede que el momento adecuado para hablar haya pasado, porque el tema sobre el que se iba a realizar una contribución ha desaparecido ya de la pantalla y se está alejando de la memoria comunal del grupo. Desde el punto de vista del receptor, la falta de una reacción esperada tiene un significado

ambiguo, y no hay manera de saber si el retraso viene provocado por la transmisión o refleja una actitud determinada por parte del emisor. Los silencios inesperados en las conversaciones telefónicas conllevan una ambigüedad similar, pero al menos en ese caso contamos con maniobras de turnos de palabra bien establecidos que pueden aportar una clarificación inmediata («¿hola?, ¿sigues ahí?»). Las estrategias lingüísticas que se manifiestan en nuestras conversaciones cara a cara están mucho menos definidas en los grupos de chat. Tal vez Ernesto nunca obtenga una reacción a su respuesta a Susana porque Susana nunca la recibiera (por razones técnicas), porque no se haya percibido (han llegado otros comentarios al mismo tiempo), porque se haya distraído con otra conversación (real o electrónica), porque no haya visto el mensaje en su terminal al estar ausente (por cualquier motivo), o simplemente porque haya decidido no responder. De igual modo, puede que ella sí haya respondido y sea *su* mensaje el que sufra el retraso o se pierda. Cuando las respuestas se ven alteradas por retrasos, poco puede hacerse para resolver el problema.

La situación empeora cuanto mayor es el número de personas que participan en una interacción. Los retrasos en la conversación entre dos personas son molestos y ambiguos, pero el nivel de alteración suele ser manejable, porque cada uno tiene sólo un interlocutor del que preocuparse. Si un correo electrónico se ve afectado por una demora importante, puede solucionarse fácilmente mediante un fax o una llamada telefónica. Pero cuando una interacción electrónica afecta a varias personas, como ocurre en los chats, los juegos en mundos virtuales o los correos electrónicos que se copian para varios receptores, la demora crea una situación muy diferente, porque interfiere con otra característica primordial de la interacción directa: el *turno de conversación*. Los turnos de palabra son tan fundamentales en las conversaciones que la mayor parte de la gente **no es consciente de su importancia para lograr interacciones**

satisfactorias. Pero lo cierto es que las personas asumen la rutina de hablar por turnos y evitan hablar al mismo tiempo o interrumpirse aleatoriamente o en exceso. Por otra parte, se asume que en la conversación se sucedan algunos «pares adyacentes»: que las respuestas sigan a las preguntas, y no al revés; que se manifieste algún tipo de reconocimiento cuando se expone determinada información; o que una queja venga seguida de una excusa o una disculpa. Estas estrategias elementales, aprendidas a una edad muy temprana, constituyen el esqueleto de una conversación normal.

Cuando se suceden largas demoras, la conversación se hace tan extraña que puede perder su capacidad para desarrollar un tema. Esto se debe a que el turno de palabra, tal y como aparece en la pantalla, viene dado por el software, y no por los participantes. En un foro de discusión, por ejemplo, si comenzamos a enviar una respuesta a alguno de los comentarios emitidos incluso antes de que terminen de hacerlo, dicha reacción ocupará su turno dentro de toda una serie de comentarios que aparecen en la pantalla sin que puedan superponerse, dependiendo sólo del momento en que la señal emitida es recibida por el servidor central. Los mensajes son colocados de forma lineal en la pantalla del receptor, en el orden en que fueron recibidos por el sistema. En una situación en la que coinciden múltiples usuarios, los mensajes llegan procedentes de varias fuentes al mismo tiempo, y con diferentes demoras. Resulta incluso posible que se produzcan inversiones en los turnos y toda clase de retrasos impredecibles, a causa de la forma en que los paquetes de información se envían electrónicamente, utilizando diferentes rutas generales entre emisor y receptor. Las estructuras temporales de los participantes no coinciden. Sara hace una pregunta; Noemí la recibe y envía su respuesta; pero en la pantalla de Alex aparece la respuesta antes que la pregunta. O bien, Sara envía una pregunta, Noemí la contesta y Sara pregunta de nuevo, pero en el ordenador de

Alex aparece la segunda pregunta antes que la respuesta de Noemí a la primera. La situación puede complicarse aún más si Noemí (o cualquier otro) decide contestar dos preguntas de distintos participantes y las envía juntas. Mientras tanto Val, a quien se envía copia de esta correspondencia, está ausente de su oficina y responde un día más tarde, después de que hayan llegado otros mensajes. Existen muchas probabilidades de que se produzca una confusión cuando los turnos se alteran de esta manera y los pares adyacentes pueden ser interrumpidos. Lo que resulta más sorprendente es que los participantes curtidados puedan ser tan tolerantes (e incluso disfrutar) con la anarquía resultante.

La interacción mediante ordenador se distingue de la conversación hablada en el modo en que se producen el feedback y los turnos de palabra. También existen importantes diferencias con respecto a las propiedades formales del medio, propiedades tan básicas que resulta extremadamente difícil seguir la recomendación de «escribir como se habla». La principal de estas propiedades es la relativa al *tono de voz* («no se trata de lo que dices, sino de la forma en que lo dices») tal y como se expresa mediante variaciones en la entonación, volumen (acentuación), velocidad, ritmo, pausas y otros efectos vocales. Se han hecho intentos casi desesperados por reemplazar el tono de voz en la pantalla por un uso exagerado de la ortografía y la puntuación, y por el uso de mayúsculas, espacios y símbolos especiales para conseguir énfasis. Los ejemplos van desde el uso de repeticiones en el empleo de las letras (*aaaaahhhhhh, pueees*) y signos de puntuación (*¿Qué??? ¡Hola!!!!*) hasta el uso de signos específicos que resalten lo escrito, tales como *el argumento *auténtico**. Aunque estos rasgos otorgan cierta expresividad, la gama de significados que simbolizan es pequeña y se ve restringida a emociones básicas como énfasis, sorpresa y perplejidad. Los matices menos exagerados no pueden darse a entender del mismo modo.

Asimismo, *Netspeak* carece de las expresiones faciales, los gestos y las posturas corporales tan importantes en la expresión de las opiniones y las actitudes personales, así como en la moderación de las relaciones sociales. Esta limitación fue evidente desde los inicios de *Netspeak*, y provocó la introducción de *smileys* o *emoticones*, una mezcla de caracteres tipográficos diseñada para mostrar expresiones faciales emocionales. Los dos tipos básicos muestran actitudes positivas y negativas respectivamente (la omisión del elemento «nasal» parece estar en función únicamente de la velocidad de mecanografiado o de los gustos personales):

:-) o :) ; :-(o :(

Se han inventado y reunido cientos de expresiones y secuencias lúdicas en diccionarios de *smileys*, algunas de ellas extremadamente ingeniosas o artísticas, pero apenas se usan en las comunicaciones serias. Constituyen un intento potencialmente práctico pero muy rudimentario de capturar algunos de los rasgos básicos de la expresión facial. Sirven para evitar un burdo malentendido del mensaje del emisor, pero cada *emotición* permite una enorme cantidad de lecturas (felicidad, broma, simpatía, buen humor, alegría, diversión, etc.) y sólo pierde su ambigüedad dentro de un contexto verbal. Sin la debida atención, de todas formas, pueden producir sus propios malentendidos: el hecho de añadir una sonrisa a un comentario claramente enfadado puede incrementar más que disminuir la fuerza de los sentimientos. Todos sabemos que una sonrisa también puede interpretarse de modo equivocado.

El mero hecho de que aparezcan los *emoticones* en los correos electrónicos y en los chats ya es indicativo de las características que diferencian el discurso oral del medio que utilizan los usuarios de Internet. Los *emoticones* se desarrollaron como una forma de evitar las ambigüedades y malentendidos que se

producen cuando se obliga al lenguaje escrito a asumir la carga del hablado. Se trata de una iniciativa loable, pero en general *Netspeak* carece de verdadera capacidad para mostrar las expresiones faciales, lo cual, junto a la ausencia del tono de voz, lo sitúa muy lejos del habla. Llegará un día en que la evolución de la tecnología interactiva nos permitirá ver y escuchar a otros participantes mientras hablan, lo que eliminará algunas de estas limitaciones; pero el medio electrónico siempre tendrá posibilidades que nos permitirán utilizar el lenguaje de maneras que el habla tradicional nunca podrá llevar a cabo.

Diferencias con el lenguaje escrito

Ya que *Netspeak* no manifiesta las propiedades que esperamos encontrar en el habla, deberíamos investigar si muestra en su lugar las propiedades que suponemos a la escritura. También en este caso encontramos diferencias fundamentales. Consideremos en primer lugar la característica espacial de la escritura tradicional, el hecho de que los textos sean estáticos y permanezcan sin cambios sobre la página. Si algo queda escrito, siempre encontraremos el mismo texto en las posteriores consultas que podamos hacer a esa obra. Quedaríamos muy sorprendidos si, al volver a mirar una determinada página, sus caracteres gráficos se hubieran modificado de alguna manera. Con estas consideraciones, podemos apreciar inmediatamente que la comunicación mediante ordenador no es en absoluto como la escritura convencional. Las «páginas» de la Web suelen variar de una a otra visita (y todas ellas pueden ser modificadas, aunque sus propietarios decidan no hacerlo) por diferentes razones. Puede que su contenido haya sido puesto al día, que el patrocinador publicitario haya cambiado o que su **diseñador gráfico** haya añadido nuevas características. Tam-

co el texto que se contempla es necesariamente estático, ya que las opciones técnicas disponibles permiten que pueda moverse por la pantalla, desaparecer y volver a aparecer, cambiar de color y así sucesivamente. También el usuario tiene oportunidad de «manipular» el texto de toda clase de formas que no son posibles en la escritura tradicional. Una vez que se baja una página de Internet a la pantalla del ordenador del usuario, éste puede recortar su texto, incorporar añadidos, revisarlo, efectuar anotaciones e incluso reestructurarlo completamente sin que pueda adivinarse la manipulación, de manera que el resultado parezca provenir de la misma fuente que el original. Estas posibilidades están causando no poca ansiedad entre quienes se ocupan de los asuntos de la propiedad, el copyright y las falsificaciones.

Otros de los servicios que presta Internet muestra también diferencias con respecto a la escritura tradicional en cuanto a su presencia espacial. Los correos electrónicos son en principio estáticos y permanentes, pero el borrado de textos es un procedimiento habitual (una opción prominente en el sistema de gestión), y es posible alterar electrónicamente los mensajes con una facilidad y una dificultad para su detección que no es posible si intentamos modificar un texto escrito de forma tradicional. Lo especialmente revolucionario del correo electrónico es la manera en que el medio permite lo que se denomina *enmarcado*. Supongamos que recibimos un mensaje de M que contiene tres cuestiones diferentes en un solo párrafo. Si queremos, podemos contestar a cada una de ellas por separado dividiendo el párrafo en tres partes, de forma que el mensaje que devolvemos a M se parece un poco a un diálogo de teatro. A su vez, M puede hacer lo mismo, y cuando volvemos a recibir el mensaje vemos sus respuestas intercaladas en nuestros comentarios. Entonces podemos enviar todo el conjunto a alguien más, para tener una tercera opinión, y cuando nos vuelve a llegar tendremos tres voces diferentes enmarcadas en la

pantalla. Así podría continuar, respuestas dentro de respuestas dentro de respuestas, todas ellas unificadas con la misma tipografía. Nunca había existido nada igual en la historia de la comunicación humana escrita. Aunque en principio sería posible recibir una carta, cortarla a tiras, intercalar nuestras respuestas y pegar todo en otra hoja de papel antes de reenviársela a quien nos la envió, esto no sería considerado un comportamiento normal. Sin embargo, lo hacemos habitualmente con los e-mails, sin pensarlo dos veces (una vez que nos hemos acostumbrado a ello).

Otras características de la comunicación mediante ordenador nos alejan aún más del lenguaje escrito tradicional. Probablemente la más importante de todas sea la existencia de vínculos de *hipertexto*: el salto que puede efectuar quien desea moverse de una a otra página web. El vínculo de hipertexto es la propiedad funcional más importante de la Web, sin la cual no existiría el propio medio. La utilización de notas en los textos tradicionales es una especie de vínculo primitivo de hipertexto, al hacernos mudar la mirada de una parte de la página a otra, o de una página del texto a otra (si las notas se agrupan al final del libro, como en el presente volumen). El uso de citas bibliográficas o de referencias (como «véase p. 333») dentro de una frase permite también que el lector escape de la visión lineal convencional. Pero estos rasgos no resultan significativos dentro del lenguaje escrito tradicional; existen multitud de textos que no tienen ninguna referencia ni anotación. Por el contrario, la Web no podría existir sin vínculos de hipertexto. Como afirmó en cierta ocasión Tim Berners-Lee: «La libertad de expresión en hipertexto implica el “derecho a relacionar mediante vínculos”; esta propiedad es la unidad constructiva básica sobre la que se levanta toda la Red»⁶. No existe nada en el lenguaje escrito convencional que recuerde ni siquiera remotamente a la flexibilidad y la centralidad dinámica de los **vínculos** de hipertexto de la Web.

Hay otras características que diferencian *Netspeak* del lenguaje escrito tradicional, pero que difícilmente podrían considerarse «revolucionarias». Los e-mails y la interacción que se produce en los chats, a causa de la presión para comunicarse rápidamente, carecen de la construcción elaborada y cuidadosamente planificada que caracteriza a una gran parte de la escritura. Llevado a su extremo, podría llegar parecer que se está desarrollando una revolución: muchas personas envían tranquilamente sus mensajes sin revisar, sin importarles que puedan contener errores tipográficos, exceso o defecto de mayúsculas u otras anomalías. En realidad se trata de un problema menor, que no suele afectar a la legibilidad, que está creando un estilo especial como consecuencia de la presión a la que se ven sometidos los usuarios del medio y del deseo natural (especialmente entre los usuarios más jóvenes, o de mentalidad más juvenil) de resultar original y desafiante. Y así es como se percibe. Si recibo un e-mail de M en el que escribe incorrectamente una palabra, no llego a la conclusión de que M no sepa ortografía, sino de que no es buen mecanógrafo o tenía prisa. Lo sé porque a mí me ocurre lo mismo cuando tengo prisa. No hay nada revolucionario en esto; y de cualquier modo, no se trata de un comportamiento universal. Hay multitud de personas que utilizan el correo electrónico y se toman las mismas molestias en revisar sus mensajes que si estuvieran escribiendo en un ámbito diferente de Internet.

En conjunto, resulta más fácil considerar *Netspeak* como lenguaje escrito que se ha desplazado un tanto en la dirección del lenguaje hablado que como lenguaje hablado puesto por escrito. No obstante, el planteamiento de la cuestión en términos de dicotomía clásica resulta intrínsecamente engañoso. La comunicación mediante ordenador no es idéntica al habla ni a la escritura, sino que muestra selectiva y adaptativamente propiedades de ambos. Del mismo modo, introduce rasgos que no

poseen ninguno de los otros medios, obligándonos a afrontar nuevos problemas para su gestión. Por ejemplo, consideremos la *persistencia* de los mensajes de un foro de discusión, el hecho de que permanezcan en la pantalla durante un periodo de tiempo (antes de que la llegada de otros mensajes los reemplace o los desplace fuera de nuestra vista). Es evidente que esto otorga nuevas propiedades a la interacción que no posee el habla. Significa, por ejemplo, que alguien que se incorpore a la conversación un par de turnos después de realizado un comentario todavía puede leerlo, reflexionar sobre él y reaccionar (aunque la persistencia tenga una vida relativamente corta, comparada con la que normalmente encontramos en la escritura convencional). Significa también que aquellos sistemas que permitan archivar todos los mensajes en el orden que llegaron al servidor pueden navegar por una antigua conversación o buscar un tema en particular con una facilidad que la conversación espontánea (que no quede grabada) o el sistema de archivo bibliográfico tradicional no permiten realizar.

Netspeak es más que la suma de las características del lenguaje oral y el escrito. Ofrece prestaciones únicas, por lo que tiene que considerarse un nuevo tipo de comunicación. Es más que un mero híbrido de habla y escritura, o que el resultado del contacto prolongado entre estos dos medios. Los textos electrónicos de todo tipo son sencillamente diferentes de los otros tipos de texto. Muestran fluidez, simultaneidad (están disponibles en un número indefinido de aparatos) y su calidad no disminuye al ser copiados; superan las limitaciones convencionales en relación con la diseminación de textos; y poseen fronteras permeables (gracias al modo en que determinado texto puede integrarse dentro de otros o tener vínculos con otros). Algunas de estas propiedades suponen consecuencias para el lenguaje que, al combinarse con aquellas asociadas al habla y a la escritura, hacen de *Netspeak* un auténtico «nuevo medio».

Consecuencias del nuevo medio para una lengua

El efecto lingüístico producido por la llegada de un nuevo medio de comunicación es doble: pone en marcha cambios en el carácter formal de las lenguas que lo utilizan y les ofrece nuevas oportunidades. Es el primero de ambos el que ha atraído la mayor parte de la publicidad relativa al tipo de lenguaje utilizado en Internet y en la tecnología afín, como los teléfonos móviles. Algunos observadores se han mostrado horrorizados por la falta de respeto a las reglas tradicionales del lenguaje escrito, que consideran una muestra inquietante del deterioro de los valores. A menudo se cita la manera de escribir los mensajes como un problema específico; se dice que los niños del mañana no serán capaces de escribir correctamente. No obstante, el hecho de que los jóvenes abrevien las palabras utilizando técnicas jeroglíficas (*sahu2, d+*), palabras formadas por iniciales (*tq* —«te quiero»—) o una ortografía diferente (*bsos, klor*) resulta escasamente novedoso o trascendente. En inglés las palabras formadas por iniciales se han utilizado desde hace generaciones (*asap* —«as soon as possible» [tan pronto como sea posible]—, *fyi* —«for your information» [para su información]—), y hace tiempo que existen libros de pasatiempos con jeroglíficos. La lista más exhaustiva de abreviaturas utilizadas en mensajes de texto no contiene más de unos cuantos cientos de formas, y pocas de ellas se emplean habitualmente. Al ser una respuesta práctica a la limitación de 160 caracteres de los mensajes económicos enviados entre teléfonos móviles, existen pocas razones para su uso fuera de este medio. Quedan despojados de su función «guay» de identidad grupal cuando aparecen fuera de la tecnología en la que nacieron, ya sean móviles u ordenador. Por supuesto que debemos vigilar si los chicos empiezan a usar sus abreviaturas en lugares en los que no tiene sentido hacerlo, como en los trabajos escolares. Pero de eso trata la labor docente. Uno de los principios de la enseñanza moderna de lenguas, ya se trate de la materna o

de una extranjera, es inculcar a los niños el sentido de la responsabilidad y de la adecuación lingüística. Y los niños deben aprender, si es que han perdido la intuición para saberlo por sí solos, que las abreviaturas utilizadas en los mensajes de texto cumplen su función cuando el espacio es ajustado y la velocidad importante, pero no en otros contextos.

Lo mismo puede decirse de las variaciones que tanto adultos como niños introducen en la escritura de sus correos electrónicos. Un buen número de personas utiliza un sistema extremadamente reducido, sin prácticamente ningún contraste tipográfico. Tres son sus principales rasgos. La importancia concedida al *uso de mayúsculas* varía mucho; como, en su mayor parte, Internet es insensible a su utilización, se ha desarrollado un uso aleatorio de las mismas o su supresión absoluta. Hay una fuerte tendencia a la utilización de minúsculas en todas partes. Tanto en e-mails como en chats o mundos virtuales, triunfa el principio de «economía de pulsaciones» y pueden encontrarse oraciones completas sin ninguna mayúscula que indique el comienzo de la frase o los nombres propios. Del mismo modo, la *puntuación* también tiende al minimalismo y está completamente ausente de algunos e-mails o conversaciones de chats. También en este caso se aprecian muchas variaciones en función de la personalidad: algunos usuarios del correo electrónico se muestran escrupulosos a la hora de mantener la puntuación tradicional, otros la utilizan cuando es necesario para evitar la ambigüedad, y algunos otros no la utilizan en absoluto, ya sea como consecuencia de la velocidad de mecanografiado o porque no son conscientes de la ambigüedad que se puede producir como resultado. El tercer rasgo es la *ortografía* diferente. Cuando se utiliza el inglés, la ortografía americana es más empleada que la británica, en parte por razones históricas (los orígenes de Internet), y en parte por razones de economía, ya que la mayoría de las palabras que cuentan con dos formas **diferentes**, en británico y en americano, poseen un carácter

menos en esta última variedad (*color vs colour, program vs programme*, etc.). El desprecio por las reglas ortográficas, muy penalizado en la escritura tradicional (al menos desde el siglo XVIII) se permite sin problemas en el contexto de una conversación. Como ya se mencionó, los errores ortográficos en un correo electrónico se atribuirán a la poca destreza mecanográfica y no (aunque también podría ser) a una educación deficiente.

Desde mi punto de vista, esta evolución lingüística amplía la gama de expresión de las lenguas que se utilizan actualmente en Internet al introducir nuevas convenciones, lo mismo que ha ocurrido siempre que aparece una tecnología revolucionaria en el ámbito de la comunicación. Cuando se comenzó a usar la imprenta, surgió toda una serie de nuevas manifestaciones del lenguaje escrito, incluidos innovadores diseños y usos de la puntuación, y una homologación gradual de la ortografía. Cuando llegó el teléfono, tuvieron que inventarse nuevas convenciones para la interacción discursiva (decir hola, especificar o confirmar el número, etc.). Cuando comenzó la radiodifusión, el lenguaje hablado se diversificó enormemente, produciendo como resultado estilos hoy tan diferentes como el de los partes meteorológicos o el de los comentaristas deportivos. Lo mismo ocurre ahora en Internet, cuya tecnología motivó nuevas formas de expresión desde sus comienzos. Por ejemplo, el uso por defecto de letras minúsculas significa que cualquier mayúscula destacará fuertemente, imprimiendo carácter a la comunicación. Los mensajes escritos totalmente en mayúsculas se consideran «gritones», por lo que suelen evitarse; las palabras en mayúsculas añaden mayor énfasis (lo que también es posible conseguir con el uso de asteriscos y espaciando las letras):

Se trata de un punto MUY importante.

Se trata de un punto *muy* importante.

Se trata de un punto m u y importante.

Otro rasgo distintivo de la grafología empleada en Internet es la doble utilización de mayúsculas, una al comienzo de la palabra y otra en medio, que podemos ver en nombres como *AltaVista*, *PeaceNet*, y *CompuServe*, o de modo más complejo, en *QuarkXPress*. Hay un uso creciente de símbolos que no se utilizan habitualmente en el sistema de puntuación normal, como #. También pueden darse combinaciones originales de signos de puntuación, como puntos suspensivos entre paréntesis (...), guiones (--) o comas (,,,) para expresar una pausa. El énfasis y la actitud pueden producir un uso exagerado o aleatorio de la puntuación, como en ¡!!!! o en £\$\$%!

Las lenguas utilizadas en la Web han adquirido a su vez nuevo vocabulario, buena parte del cual procede del uso global del inglés. Ha surgido un gran número de nuevas palabras y expresiones para hacer referencia a situaciones, personal, operaciones y actividades restringidas a Internet, lo que convierte al léxico de este campo en uno de los más creativos del inglés contemporáneo y de otros idiomas cuya presencia aumenta en la Web. Muchas de ellas están asociadas al *software* que permite el uso de Internet, y aparecen de forma rutinaria en la pantalla. Algunas se han ganado una presencia permanente (aunque sea dentro de menús escondidos), como etiquetas utilizadas para designar áreas y funciones de la pantalla, y para especificar opciones del usuario y comandos: *file* (archivo), *edit* (edición), *view* (ver), *insert* (insertar), *paste* (pegar), *format* (formato), *tools* (herramientas), *window* (ventana), *help* (ayuda), *search* (buscar), *refresh* (refrescar), *address* (dirección), *history* (historial), *stop* (parar), *contact* (contactar), *top* (arriba), *back* (atrás), *forward* (adelante), *home* (inicio), *send* (enviar), *save* (guardar), *open* (abrir), *close* (cerrar), *select* (seleccionar), *toolbars* (barras de herramientas), *fonts* (fuentes), *options* (opciones). Otros términos aparecen en la pantalla sólo a intervalos, en función de las circunstancias (generalmente cuando las cosas andan mal), en forma de mensajes de error

(aparentemente no existen mensajes positivos para decirnos que todo está yendo bien): *forbbiden*, *illegal operation*, *error*, *not found*, *404 error* [«a page or site is no longer in service»]* Otro conjunto de términos está asociado al uso de *hardware* informático: *freeze*, *lock*, *down*, *hang*, *crash*, *bomb*, *client* (congelar, restringir el acceso, bajar, colgar, romper, bomba, cliente —en referencia al aparato, no al usuario). Existen también neologismos para nombrar a los propios usuarios de Internet: *netters*, *netties*, *netizens*, *netheads*, *cybersurfers*, *newbies*, *surfers***.

Muchas de estas palabras son términos cotidianos a los que se ha dado un nuevo sentido en el contexto de Internet. Un método muy popular para formar neologismos relacionados con Internet es juntar dos palabras diferentes para crear una nueva compuesta. Algunos elementos aparecen repetidamente, como por ejemplo *click* en *click-and-buy*, *one click*, *double click*, *cost-per-click* y otros***. De forma similar se utilizan los prefijos *ciber* e *hiper* en palabras como ciberespacio, cibercafé, cibersexo, ciberterrorista; o hipertexto, hipervínculo o hiperficción. Existen combinaciones formadas por parte de una palabra y parte de otra (u otra completa), como en internauta o infored. Resulta innovadora la adopción, en algunas palabras compuestas, del punto existente en las direcciones de la Web, a modo de afijo, como en *net.legend* (leyenda de la red), *net.citizen* (ciudadano de la red) o en los sitios web que comienzan

* La mayoría de estos términos aparecen en Internet en inglés. Su traducción sería: prohibido, operación no autorizada, error, no se ha encontrado, error 404 [«página o sitio web fuera de servicio»] (*N. del T.*).

** Estos términos no cuentan con traducción ni son comunes las adaptaciones al castellano. Proceden de derivaciones del prefijo *net* (red) —*netters*, *netties*— o de su uso combinado con *citizens* (ciudadanos) o *heads* (cabezas); o bien hacen referencia a otros términos utilizados para describir la navegación por la Red (*surfers*, *cybersurfers*), o a los novatos (*newbies*).

*** *Click* es el verbo onomatopéyico que expresa la acción de apretar una vez el ratón del ordenador, la operación informática básica, y su uso está bastante extendido en español entre usuarios informáticos (comprar con un clic, un clic, doble clic, coste por clic) (*N. del T.*).

con *alt.* (en los que se suele nombrar el «punto»). Los acrónimos son muy frecuentes; una pequeña muestra incluiría *DNS* [*domain name system*], *HTML* [*hypertext markup language*], *ISP* [*Internet service provider*], *PC* [*personal computer*] y nombres de algunas compañías, como AOL o IBM. También encontramos combinaciones de letras y números: *W3C* [*World Wide Web Consortium*], *P3P* [*Platform for Privacy Preferences*].

Cuando se empiezan a utilizar en el habla expresiones surgidas en situaciones diferentes, suele ser un claro signo de la implantación de dicha variedad lingüística. Por este motivo resulta muy relevante estudiar el modo en que *Netspeak* se ha comenzado a utilizar en escenarios diferentes de la comunicación mediante ordenador, a pesar de que este medio apenas ha estado a disposición de la mayoría de la población hasta la pasada década aproximadamente. Los términos procedentes de la tecnología informática adquieren nuevas aplicaciones en la conversación cotidiana entre quienes quieren dar un toque cosmopolita a su léxico. Estos son algunos ejemplos procedentes de conversaciones escuchadas recientemente: *Grábatelo en el disco duro* («no lo olvides»), *deberías resetearte hasta mañana* («vete a dormir»). Sus resonancias forman ya parte del día a día en radio y televisión: los presentadores incluyen regularmente la dirección electrónica cuando informan a sus oyentes y espectadores del modo de contactar con determinado programa, utilizando términos como *punto*, *barra* y *arroba* para ello. *Punto com* es hoy en día una expresión escuchada habitualmente y aparece escrita por doquier en toda clase de anuncios y material publicitario. También encontramos el prefijo *e-* (electrónico) en docenas de expresiones como *e-mail*, *e-cash*, *e-voting* o *e-books* *. En 1998, la American Dialect Society nombró al

* En castellano algunas de estas palabras también están incrementando su popularidad, aunque todavía se utiliza mucho el término *electrónico* sin abreviar (correo electrónico, dinero electrónico, votación electrónica y libro electrónico) para aludir a operaciones o productos que se realizan o se adquieren por la Web (*N. del T.*).

prefijo *e-* «Palabra [*sic*] del Año», considerándolo el término «Más Útil y con Más Probabilidades de Triunfar».

Resulta imposible saber cuántos de estos neologismos se asentarán definitivamente en el inglés del siglo XXI, y lo mismo puede decirse respecto al impacto de Internet en otras lenguas. Los cambios en el lenguaje nunca pueden predecirse, sólo son reconocibles una vez que tienen lugar. Sin embargo, es evidente que, a partir de la década de los noventa, la conciencia lingüística popular ha comenzado a asimilar la idea de *Netspeak*, provocando posturas encontradas, y que su presencia aumentará a medida que avanza el siglo.

Consecuencias del nuevo medio para todas las lenguas

Existe otra razón que confiere carácter revolucionario a Internet y es el hecho de que ofrezca un hogar a *todas* las lenguas (tan pronto como sus comunidades posean la tecnología informática necesaria, por supuesto). El cambio más notorio desde que entró en funcionamiento (hace no tantos años) ha sido su creciente transformación en un medio multilingüe a partir de un origen completamente inglés. Se cuenta que el hijo de ocho años del presidente Akayev de Kirguizistán comentó a su padre que quería que aprendiera inglés. Cuando éste le preguntó el motivo, parece ser que el niño contestó: «Porque el ordenador habla en inglés, papá».

Lo cierto es que, para muchos, el idioma de Internet *es* el inglés. Un titular del *New York Times* en 1996 decía sencillamente: «World, Wide, Web: 3 English Words». El artículo continuaba afirmando: «Si desea beneficiarse completamente de las ventajas que ofrece Internet, sólo existe una forma de hacerlo: aprender inglés»⁷. Esta tesis ya no es válida porque, gracias a su globalización, la presencia de otros idiomas ha ido aumentando continuamente en Internet. En 1998 se afirmaba

que el 80 por ciento de la Red estaba en inglés. La cifra procedía del primer estudio importante de distribución de lenguas en Internet, desarrollado el año anterior por Babel, una iniciativa conjunta de la Internet Society y Alis Technologies. El trabajo reconocía el lugar preponderante del inglés, aunque algunos otros idiomas entraban en liza, principalmente el alemán, el japonés, el francés y el español. Desde entonces, las estimaciones sobre el uso del inglés han descendido constantemente. Otro trabajo reciente de Global Reach estimaba que el número de usuarios de Internet en países de habla no inglesa había aumentado de 7 millones en 1995 a 136 millones en 2000. En 1998 hubo otra sorpresa: el número de sitios web de nueva creación en inglés se vio superado por los que utilizaban otra lengua. En una conferencia sobre Estrategias de Programas de Búsqueda celebrada en Londres en 2000, un representante de AltaVista pronosticó que para finales de 2002, menos del 50 por ciento de la Web sería en inglés. Y así ha resultado. En algunas partes del mundo, la lengua local ya es dominante. Según un autor nipón, Yoshi Mikami, el 90 por ciento de las páginas web de su país están en japonés.

No resulta extraño que el inglés pierda su predominio en la Web (al igual que en Internet en general) a medida que se desarrollan las infraestructuras de comunicación en Asia, África y Sudamérica. Es allí donde se concentra la mayor parte de la población. La Web refleja cada vez con más claridad la distribución de las lenguas en el mundo real, como puede comprobarse en multitud de páginas y de sitios. Existen en la actualidad miles de empresas esforzándose al máximo para presentar una identidad multilingüe, y cientos de sitios importantes reuniendo todo tipo de información sobre las propias lenguas. En los fondos tipográficos de la Universidad de Oregón, por ejemplo, pueden encontrarse 112 tipos de imprenta pertenecientes a los registros de más de cuarenta lenguas. Además, poseen un fino sentido del humor, pues incluyen información

sobre idiomas extraterrestres, como el klingon*, o sobre lenguas pertenecientes al folklore, como el élfico, inventado por Tolkien para *El Señor de los Anillos*. Si dedicamos una hora a buscar lenguas en la Web, encontraremos cientos de ellas. En 2001, pasé unos pocos días rastreando tantos ejemplos como pude encontrar para mi libro *El lenguaje e Internet*. Encontré un sitio, llamado World Language Resources, que contenía material sobre 728 lenguas, y otro con una relación de lenguas africanas en la que el yoruba, por ejemplo, venía ilustrado por unas 5.000 palabras, junto con refranes, pautas de uso de nombres y saludos. Había otro sitio dedicado a no menos de ochenta y siete lenguas minoritarias europeas. Algunos de ellos muestran un contenido muy limitado, por supuesto, pero los hay dedicados a una amplia variedad de temas: uno contenía el Padrenuestro en casi 500 lenguas.

Nadie ha averiguado todavía cuántas lenguas han conseguido una mínima presencia en la Web (yo encontré más de mil con bastante rapidez). No resulta difícil encontrar pruebas de la presencia en Internet de todas las lenguas más frecuentemente usadas en el mundo y de un gran número de lenguas minoritarias igualmente. Calculo que al menos una cuarta parte de las lenguas del mundo, unas 1.500, tienen algún tipo de presencia en el ciberespacio hoy día. Y se trata de una presencia real, ya que no existen sitios dedicados exclusivamente a analizar o conversar sobre lenguas, desde el punto de vista lingüístico o de otra disciplina académica, sino sitios que nos posibilitan contemplar las lenguas tal y como son. En muchos casos, la presencia global de estas lenguas, en términos de páginas en la Red, es bastante pequeña. Pero lo más importante es que las lenguas *estén* ahí, incluso si vienen representadas apenas por unas pocas páginas.

* Lenguaje inventado por el lingüista Mark Okrand para la serie de televisión *Star Trek*: existen libros, diccionarios y un boletín trimestral editado por el Instituto del Lenguaje Klingon (*N. del T.*).

Internet es el medio ideal para las lenguas minoritarias, y puede suponer una auténtica tabla de salvación para algunas de ellas cuya grave situación describía en el capítulo 2. Cualquier persona que hable o defienda una lengua amenazada —sea una lengua aborigen o un dialecto celta— estará encantado de dar cierta publicidad a su causa y mostrar su situación ante el mundo. Anteriormente esto resultaba muy complicado. Era difícil conseguir la publicación de un artículo en los periódicos sobre el caso, el coste de los anuncios en prensa resultaba prohibitivo, y era prácticamente imposible encontrar algún programa de radio o televisión dedicado al tema. Sin embargo, actualmente, con las páginas web y el correo electrónico listos, el mensaje puede emitirse prácticamente al instante, en su propia lengua —acompañado de una traducción, si queremos— ante una audiencia global cuyo tamaño potencial convierte a las audiencias de los medios de comunicación tradicionales en minúsculas en comparación. Los mensajes colocados en la Red, además, tienen una permanencia que no consiguen las referencias en los periódicos ni en la radio. Los chats ofrecen muchas posibilidades a los hablantes de una lengua que viven aislados, ya que ahora pueden crear una comunidad de habla virtual de la que formar parte. Algunas de las lenguas con menos hablantes del mundo que tienen acceso a la tecnología Internet, como las lenguas minoritarias de Europa y muchas de las nativas norteamericanas, poseen actualmente sitios web y fomentan comunidades de habla virtual.

Por otra parte, es preciso reconocer que no resulta sencillo para una lengua conseguir una presencia significativa en el ciberespacio. Para empezar, hay que contar con la infraestructura, lo cual no siempre ocurre, porque muchas de las lenguas amenazadas se sitúan en partes del mundo en las que el acceso a la electricidad es poco fiable o no existe en absoluto, en cuyo caso las prioridades están claras. Luego, para poder utilizar la tecnología actual de la Red, el lenguaje debe ser escrito, lo

cual excluye a unas 2.000 lenguas que no están documentadas en absoluto, como vimos en el capítulo 2. Otra complicación viene dada por el hecho de que las letras específicas de algunas lenguas (especialmente las que utilizan una variedad de tildes) no son fácilmente codificables para poder ser «leídas» de forma rutinaria por los ordenadores de cualquier lugar. Finalmente, si ya se cuenta con la tecnología y la alfabetización, es preciso superar el obstáculo de la motivación. Parece existir una especie de «masa crítica» en la penetración de Internet que debe construirse en una comunidad o en un país antes de que una lengua pueda cobrar una vida virtual animada. En realidad no sirve de mucho tener uno o dos sitios sobre una lengua local en la Web. Quienes estén interesados en utilizarla o en averiguar más acerca de ella, se aburrirán pronto. El número de sitios debe aumentar hasta que, de pronto, todo el mundo esté visitándolos, participando y debatiendo sobre ellos. Se trata de un momento mágico, que hasta ahora sólo han alcanzado unos cuantos cientos de lenguas. Es preciso que haya abundantes «contenidos» de calidad en lenguas locales en la Red y, hasta que eso ocurra, se continuarán utilizando los idiomas que han conseguido acumular contenido, el inglés en particular.

Según vemos, las características de un Internet multilingüe aún están en proceso de evolución y, por lo que parece, tendrán un desarrollo importante durante los próximos años. Todo dependerá de la velocidad con que los sitios de nueva creación sean capaces de impulsar las lenguas locales, aunque no podemos subestimar las dificultades prácticas. Tomemos, por ejemplo, la cuestión aparentemente sencilla de representar de forma precisa las letras de determinada lengua. Hasta hace muy poco, existían auténticos problemas para expresar los diversos alfabetos de las lenguas del mundo mediante los caracteres del teclado del ordenador. Como el alfabeto inglés era el considerado estándar, solamente podían producirse unos

cuantos símbolos no ingleses. El software de Internet ignoraba las tildes de extraña apariencia de las palabras extranjeras, asumiendo que no tenían mayor importancia. Aunque esto puede ocurrir todavía, se han producido importantes avances. En primer lugar, se amplió el conjunto básico de caracteres del teclado, el llamado ASCII, de modo que las tildes más comunes pudieran ser incluidas. Incluso así, apenas permitía crear más que 256 caracteres, cuando en el mundo existen muchas más letras o configuraciones de palabras. Pensemos simplemente en el surtido de caracteres que encontramos en el árabe, el chino, el hindí, el coreano y todas las otras lenguas que no utilizan el alfabeto latino. En la actualidad hay un nuevo código mucho más sofisticado, el sistema UNICODE, cuya última versión permite la representación en pantalla de más de 94.000 caracteres, aunque ese número sigue estando muy por debajo de la cantidad total de caracteres existentes en todas las lenguas del mundo, que ha sido estimada en unos 175.000.

Tengo la sensación de que el futuro favorecerá el multilingüismo en la Web, y esta opinión se está generalizando. Ned Thomas, director de un boletín trimestral de la Oficina Europea de Lenguas Menos Habladas llamado *Contact*, afirmaba en una editorial de 2000: «No es cierto [...] que el inglés vaya a marginar todas las otras lenguas en la Red; por el contrario, existirá una importante demanda de sitios web multilingües, de búsqueda de información multilingüe, de traducción automática, y de sistemas de reconocimiento de voz multilingües»⁸. Tyler Chambers, creador de diferentes proyectos sobre el uso de lenguas en la Web, confirma: «El futuro de Internet aportará un mayor multilingüismo y una mayor exploración y comprensión intercultural de lo que ya hemos visto»⁹. Estoy de acuerdo. La Web da una bienvenida mundial a la diversidad lingüística, lo que resulta auténticamente revolucionario en una época en la que tantas lenguas del mundo están en proceso de desaparición.

CAPÍTULO 4

TRAS LA REVOLUCIÓN

Las tres tendencias descritas en los anteriores capítulos (la aparición de una lengua global, el fenómeno de las lenguas amenazadas y la llegada de Internet) han contribuido en la elaboración de nuestra hipótesis de la diversidad lingüística. El inglés global está consolidando una variedad de inglés estándar como forma de garantizar un medio internacionalmente inteligible; al mismo tiempo, ha promovido la creación de variedades locales que sirven de expresión a las diferentes identidades regionales; y en su momento algunas de estas nuevas variedades se convertirán en nuevas lenguas. Internet nos ha proporcionado un nuevo medio lingüístico que ofrece una gama completamente nueva de posibilidades de expresión, además de permitir variaciones estilísticas y nuevas maneras de estudiar el uso del lenguaje. Existe incluso un lado positivo en la amenaza que se cierne sobre las lenguas, ya que la posibilidad de que desaparezcan muchas de ellas ha agudizado las mentes de sus hablantes y se han puesto en marcha nuevas